CARLOS ACOSTA

EL DÍA QUE PASÓ A LA HISTORIA

Novela Comunitaria



UNAM San Antonio
Biblioteca Arte & Cultura

Carlos Acosta

El día que pasó a la historia

Novela Comunitaria

Miguel García Audelo
Editor

UNAM SAN ANTONIO
Biblioteca Arte & Cultura UNAM San Antonio

El día que pasó a la historia

Carlos Acosta

UNAM San Antonio
Biblioteca Arte & Cultura

---

1. Carlos Acosta — 2. Literature — 3. 20th Century — I. Miguel García Audelo (ed.) — II. UNAM San Antonio — III. Biblioteca Arte & Cultura.

D. R. © 2026 Carlos Acosta (Au.)
D. R. © 2026 Miguel García Audelo (Ed.)
D. R. © 2026 UNAM San Antonio – Biblioteca Arte & Cultura
600 Hemisfair Plaza Way San Antonio, TX 78205.
United States of America.

Ofelia Mercado Arzate, *design*.
Karla Acosta Sosa, *iconography*.

First edition.
ISBN: 979-8198-911-49-9

All rights reserved. This work may include contents whose reproduction rights have been limited to this non-profit academic edition. It is up to the publisher to determine whether the citation of texts or the reproduction of parts of the work for criticism or scientific research should be associated with this source. Reproduction for scholarly purposes is authorized, provided that the source is properly cited.

Work printed on demand in The United States of America, Latin America and Europe. The Biblioteca Arte & Cultura welcomes your comments by emailing mgaudelo@unamsa.edu or visiting our website https://unamsa.edu/mx/ to take a look at our educational, cultural, and publishing offerings.

UNAM San Antonio

Ing. Paula de Gortari Pedroza
Directora

Alfredo Ávalos Lara
Comunidad y Cultura

Miguel García Audelo
Biblioteca Arte & Cultura

Desde mi aldea veo
cuanto de la tierra se puede ver del Universo.

Fernando Pessoa.

Los acontecimientos suelen ocurrir dos veces:
en la realidad y en la mente de los testigos.

Juan Villoro.

Este libro está dedicado para mi tío Enrique Guerrero Álvarez,
sus hijos, nietos, padres, abuelos.

Índice

Prólogo 11

El pueblo en paz 13

Cristina de 'Las Moras' 21

Historia oficial 29

Abuelos adolescentes 37

Dos años después de la migración 45

Ya entrada la noche 53

Ya casi llegamos 61

Novios y tranvías amarillos 69

El fotógrafo ambulante que pasó por aquí 77

Museo Comunitario "Baltazar" 85

Hice votos de silencio y hablé dormido 93

Anexo 101

Glosario 103

Breve Reseña 107

Repobladores de Antiguo Morelos, Tamaulipas, 1920 ... 109

Prólogo

Un paseo por un pueblo pequeño, entre nubes y neblinas de recuerdos, de sueños y de pesadillas, por callejuelas desiertas donde crece la hierba y deambulan sabandijas. Un viaje al pasado que se detiene un día, un día larguísimo que dura más de cien años, en el que se dialoga con los muertos. Se oyen voces que el poeta no registra, solo se escuchan sus ecos. Murmuran los arroyos durante la época de lluvias, como si extrañaran a la gente que, en otros lugares, anhela volver y piensa en su terruño. ¿Habrá llovido en Morelos?

Antiguo Morelos permanece dormido, moribundo. Las casonas de adobe, de poderosa techumbre tejida magistralmente con palma y de amplios corredores, están abandonadas. Sus pudientes dueños, los de las casas alrededor de la plaza, han buscado refugio en las ciudades; una vez que entierran sus caudales, parten. No saben que jamás volverán. Ya no habrá días de plaza los domingos. Las campanas están mudas. No habrá feria, ni llegarán los arrieros de todos los rumbos trayendo su mercancía.

A lo largo de más de doscientos años la población ha tenido varios nombres: en 1751, Congregación de Baltazar; en 1828, Villa Morelos; y desde los tiempos de Juárez, Antiguo Morelos. Este municipio del sur de Tamaulipas nació en los días de la pacificación de la Costa del Seno Mexicano, en la jurisdicción de Santa Bárbara. Pero se sabe que en un lugar

muy cercano hubo un asentamiento huasteco: Tampemol, «lugar de pemoles» en lengua tének, idioma que aún se habla en la parte de la Huasteca Potosina que colinda con Tamaulipas. De esa lengua aparecen en el libro que motiva estas letras numerosas palabras de uso común entre las personas mayores. La mayoría de los primeros habitantes de este valle fueron llegando en oleadas del altiplano potosino y, poco a poco, surgieron numerosas rancherías cercanas al pueblo, donde se producían buenas cosechas de maíz, frijol, calabaza, miel de colmena, cera y otros muchos productos de excelente calidad que se vendían en el tianguis dominical de la plaza y que los arrieros llevaban a otros lugares.

El poblado estaba tranquilo, parecía un rancho grande. Casi todas las familias vivían también del trabajo de la tierra: hacían sus milpas, tenían su corral de gallinas, cóconas y algún puerquito o una o dos vacas para vender leche. Parecía no faltar nada. Por acá vivía un herrero que reparaba y hacía arados, azadones y talaches; por allá, un zapatero remendón y un talabartero que fabricaba monturas, cinturones y toda clase de trabajos en cuero; un carpintero, un sastre, una curandera, una partera. Para los remedios caseros se conocían las propiedades curativas de las plantas que había en el jardín o en el monte.

Así transcurría la vida en la comunidad, pero llegaron los días de la Revolución. Se oye decir que en la vecina Ocampo ha habido incursiones de maleantes que cometen toda clase de abusos contra la población pacífica; que Nuevo Morelos, una villa también cercana, ha desaparecido y que toda la gente ha huido. La tranquilidad se ha roto, el pueblo está temeroso y algunos ya empiezan a salir. Al fin, llega el día 2 de marzo de 1918, cuya crónica está a la vista.

Abelardo Castillo Bautista.

El pueblo en paz

En la madrugada del día dos de marzo de mil novecientos dieciocho, el pueblo estaba en paz. La mayor parte de la población dormía, aunque los lugareños que integraban la Guardia Social, estaban despiertos. Eran tiempos de un país en plena revolución. En ningún rincón de la patria había estabilidad política, social ni económica. Se habían desarticulado los ejércitos, traicionado los bandos, roto las alianzas. Tal vez la mejor palabra para definir aquellos días sea Desgobierno. Debido a ello, en casi todas las ciudades, e incluso en caseríos, como el que aquí se trae a la memoria, los pobladores se organizaban para montar, día y noche, una guardia que defendiera a la población. Era lo mismo que estar, como en el poema de Constantino Cavafis, a la espera de los bárbaros. Con la gran diferencia que aquí, sí llegaron.

Entraron en tropel. Venían en caballos, más que desbocados, enloquecidos. La mayoría de los jinetes traían el torso desnudo, cabellos descuidados y quijadas barbudas. Conformaban un vocerío desenfrenado. Hacían mucho ruido y cabalgaban de manera desordenada. Amenazaban y maldecían a gritos. Inundaron el pueblo de miedo y de balazos. La Guardia Social intentó hacerles frente. Se pusieron al tú por tú en una balacera que duró menos de media hora. Ellos eran una camarilla anárquica y numerosa. Una turba que, bajo el estandarte revolucionario, que

no lo era, avasalló al pueblo. Invadieron calles, casas, tiendas, cantinas; asaltaron la presidencia municipal, la iglesia. Arrasaban con lo que a su paso encontraran. A los hombres los ataron en las sillas, los colgaron de los pies de las ramas de los árboles, los enterraron de pie con sólo el cuello y la cabeza al aire. A quienes oponían resistencia, los mataban. A las mujeres las ultrajaron, abusaron de ellas. Incendiaron casas, tejados. A los ancianos y a los menores, los quitaban del camino con un manotazo.

Eran hordas "Cedillistas" –seguidores de Saturnino Cedillo Martínez– cercanos a los Carrera Torres, quienes formaban parte de lo que se llamó "la bola", grupos residuales de una revolución iniciada en mil novecientos diez. Rebeldes de una irrupción social, la primera del siglo veinte, al inicio genuina, y que ahora, con más de siete años de duración, había degenerado en un país caótico, en estado permanente de barbarie. Eran gavillas de malhechores, a su vez en estado de miseria y suma pobreza que ya no buscaban quién se las hiciera, sino quién se las pagara. El pueblo de Antiguo Morelos, esa población acurrucada en el sur de Tamaulipas, lo mismo que la mayor parte del país, era de filiación carrancista. Y, al parecer, esta fue una de las sinrazones, pretextos o malhayas, para que aquel grupo de maleantes, en apariencia sin ideas políticas claras, aunque se dice que eran afines a Pancho Villa, arrasaran con el pueblo.

Esa fecha era un viernes. Al día siguiente se iban a casar Inocencia Castillo y Marcos Almazán. Tenían grandes planes. No esperaban la desgracia.

Los bandoleros robaron lo que encontraron. Venían hambrientos, comían en abundancia y a boca llena y se guardaban en las alforjas todo alimento que hallaran. Iban a los patios de las casas y de los tendederos robaban trapos:

vestidos, pantalones, camisas; garras, como se les decía en aquellos años. Se llevaron también las garras, contaba después, abatida y triste, la gente del pueblo. Esa fue una de las razones, si no es que la principal, por la que les endilgaron el sobrenombre de Los Garreros.



Quizás la belleza, lo es por sí sola. Tal vez no sea necesario que haya testigos que la señalen, la celebren, la dibujen, para que pueda serlo. No sé si el ser humano sea el único que, a letras desbalagadas, trazos imprecisos sobre lienzos deshabitados, sinfonías inconclusas, pueda nombrarla; si sea el amanecer, en sí mismo, una visión diaria y, sin embargo, nunca repetida. Si sean, los momentos perfectos en el reinicio de otro día, terreno propicio para los sueños, instantes en donde se pueda respirar profundo, abrir los brazos, mirar al cielo. Y no importa si pupilas azoradas los miran o no.

Amanece otra vez en el pueblo. Por el oriente, los rayones de luz blanca en el cielo, de un momento a otro se tiñen de amarillo. Son los primeros guiños de un sol, en apariencia ansioso por llegar, por ver gente en aquellas casas y calles, en las milpas y los potreros, en la plaza y los caminos. En la medida en que el astro va asomando desde el horizonte, las nubes, ahora escasas, van y vienen de uno a otros colores como quien respira sin urgencia. Desfilan desde el blancor inicial, pasando por el rojizo fulgente y otros indescifrables, hasta el púrpura nacarado.

Cuánta divagación santo cielo.

De nuevo, la aurora entristece un poco, no mucho, porque, como ya se mencionó, es apenas el renacer del día. Y

ninguna flor rebrota marchita. Así que la belleza luce intacta. La aflicción de la amanecida, se debe a que, otra vez, no encuentra a hombres, mujeres, menores, por las veredas y las milpas, en las calles o en las casas. No escucha el canto de los pájaros en las ramas de los árboles, ni el mugido de las vacas en los potreros. Ausentes están los caballos y sus jinetes, las mulas y el cargamento, los perros y sus ladridos. No es gratuita la tribulación del clarear del día, un pueblo desértico es la razón de ello.

Según Carl Jung, la soledad es peligrosa, es adictiva. Una vez que te das cuenta cuánta paz hay en ella, no quieres lidiar con la gente. Mas quizás sea pertinente decir, que aquí, no se trata de una persona que encuentra serenidad en el aislamiento, de alguien que en la introspección da con su propio universo, sino de un paisaje, de un tramo de horizonte hecho trizas. Un lugar donde, hace apenas unas semanas, germinaba la alegría a la vera de los caminos, en el griterío de los niños, en lo verde de las milpas. Donde ser feliz era cosa de todos los días.

Si quisiéramos ser testigos de un indicio de resurrección, no es ahora el momento. La soledad del pueblo es avasallante. A veces parecería que está a punto de despertar de la pesadilla. Abrir los ojos muy de mañana y decir no, no es cierto, no estoy devastado, todo fue un mal sueño, vean ustedes, aquí estoy como siempre. Sin embargo, ah desencanto, ahora no se ve, en la quietud del paraje, una señal, un indicio: algún árbol que mueva sus hojas de manera diferente, las aguas del arroyo que aceleren el fluir entre las piedras, el circular del viento que, de pronto, cambie de dirección. No los hay. El poblado parece muerto.



Un día de septiembre del año mil ochocientos noventa y siete, en una casa con paredes de enjarre y piso, de tierra, escasa de espacio y cielo de palma, una mujer, de nombre Macaria, luce sudorosa y exhausta; está, todavía, recostada en un camastro de chichebes, apenas cubierta con una manta en la que se pueden ver algunas manchas de sangre; su respiración, antes apresurada, ahora es a pausas; sus ojos, entrecerrados. En su cara, hay una sonrisa que es el vivo reflejo de algo que bien podría ser un anuncio de remanso espiritual. Está agradecida con la vida, con Dios, en especial. Acaba de parir a su primer hijo, Mateo. Después tendrá tres hijas más: Salomé, Leandra y Damiana.

Son las últimas luces del siglo diecinueve.

Afuera, el viento de la madrugada va y viene entre las ramas de los árboles. Los pájaros todavía duermen. Los perros, están echados afuerita, en el corredor. Esta noche, nieta de un amanecer plateado, hija de una tarde apacible con sol manso, es callada y serena. Hace unos momentos, su silencio fue rasgado apenas por el llanto de un niño. La madre había pasado largas horas con los dolores de parto. Al inicio leves, luego más intensos y al final, casi intolerables. No obstante, la mujer en ningún momento se quejó. De ahí, se cree, que vino después, incluso con el paso de varias generaciones, un dicho en la descendencia femenina de esa familia: nosotras, somos buenas para parir. Macaria, al principio andaba de pie, yendo y viniendo sin parar por el patio; luego, cuando pensó que ya no podía más, se sentó en el catre, y al final, cuando los dolores arreciaron al máximo, se recostó.

Luego de unos minutos, entregan el hijo a la madre. Lo recuestan en el pecho de ella. El recién nacido, por reflejo

natural, busca alimento y lo encuentra. Succiona los calostros maternos. Esto, le apacigua el llanto. Queda callado. Es un neonato pequeño, pero su tono muscular y la coloración de su piel, así como el ritmo respiratorio, son normales. Llama la atención que permanece con los ojos abiertos, como si contemplara atento el mundo al que acaba de llegar. Recorre con la mirada el cielo de palma de la casa, las paredes de tierra encalada, el quinqué, las sombras que se proyectan con su luz, el ropero. Sus pupilas se impregnan de imágenes que, desde luego, nunca recordará y que, sin embargo, serán parte sustancial en el transcurso de su vida.

Sucede lo aquí descrito, en un pueblo ubicado al sur, de un estado norestense. Se sabe que esta región corresponde la zona en donde antiguamente se asentara Tampemol, pueblo huasteco que aparece, desde los primeros mapas que, en el siglo dieciséis, fueran publicados.

La fe es el pájaro que canta cuando el amanecer aún es oscuro.
R. Tagore

En lo alto de la Loma de la Calentura, allá por donde todos los días llega el sol, está La Cruz. Deben ser dos o tres kilómetros que la separan del poblado. Así que desde cualquier punto en donde te pares, la puedes ver con absoluta naturalidad. Es la fe del pueblo que de ahí emana. La fe que luego, cada año, con la representación del Vía Crucis, vuelve a su lugar de origen. Al principio era una cruz de madera. Eso nos tocó verlo a nosotros que fuimos niños de los años cincuenta, del siglo veinte. Alguna vez nos llevaron los tíos y los abuelos. Luego, ya púberes, lo hicimos por nuestro propio pie o en bicicleta. Era estar y sentir el mutismo que la rodea. Ver desde allá el pueblo, todo, entero, y señalar con el dedo índice —asombro de por medio— ¡miren, allá está mi casa!

En el año mil novecientos trece, siendo presidente Martín Castillo, gestionó un permiso para ausentarse unos días del cargo. Él era originario del rancho San Martín, que está por la cuenca oriental del arroyo Tampemol. Quedó como presidente interino don Pedro Raga. En ese año, en el país, hubo una epidemia de fiebre amarilla. Y en mala hora, el presidente con licencia cayó enfermo y de manera inesperada, murió. Días, meses después, justo ahí, por esos lugares, hubo más casos de aquella fiebre devastadora. Esa es la razón por la cual, esa loma recibe el nombre con el que, hasta la fecha, la conocemos.

Las cruces de madera que al paso de los años se pusieron, el tiempo, las lluvias y el sol, terminaron por pudrirlas. Fue por eso que Segundo Pacheco, un antiguomorelense del siglo veinte, se dio a la tarea de construir una cruz de concreto, que es la que hasta el día de hoy está en ese lugar.

Cuando a principios de los años setenta descubrí mi primera inmersión en el delirio poético, me dio por ir muy seguido a la Loma de

la Calentura. Tomaba la bicicleta del tío Enrique y me iba hacia los choyales de El Refugio. Lo hacía sin prisa, pedaleando despacio. Por una vereda entre huizaches. Me gustaba llegar y que no hubiera nadie. Dejaba la bici por ahí. Subía la última lomita a pie, hasta llegar a La Cruz. Permanecía en silencio y con la mirada perdida. Cerraba los ojos, a veces, por más de una hora. Sentía una comunicación con algo intangible y sanador que, ni entonces ni ahora, podría explicar. Luego, sin saber exactamente por qué, pero con devoción absoluta, daba las gracias al Universo. Al abrir los ojos el mundo era otro. Tomaba de nuevo la bicicleta y, un poco más sosegado, volvía a la tienda de mis abuelos.

Se cuenta que Los Garreros presionaron a Pedro Guerrero para que los guiara hasta El Refugio, que está por la Loma de la Calentura, y donde se decía habitaban personas acaudaladas. Pero conforme se acercaban, un extraño presentimiento, que luego se volvió miedo y al final terror –increíble en ellos– los hizo desistir de continuar haciendo fechorías.

Esa loma es inmemorial, es posible que esté ahí desde lejanísimos tiempos. La Cruz, primero de madera y luego de concreto, quizás ya estaba antes: en el aire, invisible en el horizonte. Loma y cruz han sido testigos mudos, de lo que sucede en el pueblo. Seguro que se acuerdan de la tragedia. Y saben que son origen y fin, de la fe que movió a los que un día acunaron dentro de ellos, el sueño de volver.

Cristina de 'Las Moras'

Desde muy chica, tal vez doce o trece años, Cristina ya curaba de espanto. Hablamos de principios de la segunda década del siglo veinte. Allá en Las Moras, aquel caserío refundido en el monte, en el estado de San Luis Potosí, en donde ella creció, sucedía que la gente la buscaba para que les barriera el cuerpo con manojos de albahaca y ruda, epazote y romero. Iban primero con Saturnina, su madre, porque ella era todavía menor de edad, para pedir ser atendidos por la muchacha, gracias a su don de quitar el mal de ojo y otras enfermedades de los nervios. La madre nunca le prohibió hacerlo, pero eso sí, siempre la acompañó a los lugares a donde solicitaban que fuera.

A veces, la gente venía a su casa y todo era más sencillo. En un camastro de varejones, les pedía que acostaran. La muchacha, desde entonces de cuerpo menudo, pelo lacio y pasos cortos, tomaba unos manojos de las plantas de albahaca o romero que tenían en el patio y, con ojos entrecerrados y voz incomprensible, murmuraba un rezo continuo, circular, casi interminable, al tiempo que las yerbas sanadoras recorrían las sienes, la nuca, los hombros, las piernas, los pies, en ida y vuelta, de las personas afectadas. A veces el acto medicinal duraba quince minutos, en otras ocasiones se alargaba por más una hora. Ella terminaba exhausta. Las ramas curativas quedaban marchitas; quemadas, se decía. Y la persona enferma, al final, se encontraba serena,

tranquila, con las facciones faciales, antes de la curación muy remarcadas, ahora libres y, casi, desvanecidas.

Lo siguió haciendo mientras vivió en aquel lugar, cada vez que alguien lo requería. Y después, conservó el don toda su vida. Cuando, años después, emigró de Las Moras, siguió haciéndolo. Primero en Tampico, a donde llegó a vivir siendo todavía soltera, y luego, ya convertida en mujer de Mateo, en Antiguo Morelos, en donde principalmente se volvió curandera de cabecera, en especial por las memorables barridas balsámicas, de sus nietos, cuando llegó a ser abuela. Se le podía ver, todavía hace poco tiempo, a sus ciento dos años de edad, con la figura empequeñecida y trastabillante, inclinada sobre la cama individual que había en su cuartito, barriendo, con albahaca y ruda –ojos entrecerrados, rezo intraducible– oprimiendo con ambas manos la cabeza del barrido, primero las partes, frontal–occipital, tres veces, y luego, la temporal–temporal otras tres veces, propiciando aquel ferviente y breve diálogo curativo:

–Vente Carlitos, no te quedes

–Ai voy



Luego de haber dejado una devastación por donde pasaran los forajidos, un silencio mortal lo invadió todo. Uno o dos días después, no se sabe muy bien, luego de seguir cometiendo tropelías, al amanecer, se fueron yendo. Salieron a paso lento, uno por uno, en fila, en sus caballos, como si no quisieran irse todavía. Había mutismo absoluto en el poblado. Por momentos parecía que un sollozo rompería el cielo. Los bandoleros cargaron con todo cuanto pudie-

ron. Obligaron a los jóvenes lugareños a llevar cargados, a lomo, como animales, enseres y demás utensilios robados. A Mateo, el hijo de Macaria, quien ya andaba en los veinte años, le echaron a la espalda un bulto de maíz. Huyeron sierra arriba. Cuando habían avanzado algo así como seis o siete kilómetros, pasando Fortines, Mateo cayó desmayado por el sol, la falta de agua, la carga sobre la espalda y los golpes. Entre dos bandoleros lo colgaron de un árbol. Ahí lo tuvieron un buen rato. Después, cuando lo soltaron, ya en el suelo, uno de ellos se disponía a darle el tiro de gracia. Sacó la pistola y gritó enfebrecido por la violencia en la que vivían, ¡orita lo remato!, n'ombre, déjalo, intervino el otro, ya está muerto, ya pa´ qué gastas parque, ¡ámonos! Y no le disparó.

El paisaje siguió ahí. Los huizaches ya mostraban, en sus ramas, espinas tiernas e indicios del verdor de una primavera que ya estaba a la vuelta de la esquina. El choy del lomerío, fino, pedregoso, relucía por los rayos del sol. Aquí y allá se podían ver, en lo más alto de las pitas, la residual blancura de las chochas. Y la vereda, que en lo lejos se perdía hacia uno y otro lado. Si un acuarelista hubiera pasado por aquí, en este momento, seguro se hubiera detenido a pintar, en uno de sus lienzos, lo que el panorama tétrico ofrecía, incluyendo el cuerpo de un hombre tendido en el suelo. Aunque, desde luego, lo más difícil de plasmar en el cuadro, hubiera sido el desmesurado silencio.

Dos o tres horas después –nunca como en circunstancias de esta suerte, el tiempo es tan impreciso– el joven desmayado despertó. Se encontró ahí, solo, tirado a medio camino, entre el monte. ¿Estaré muerto? Miró a su alrededor con extremo disimulo y mucho miedo. No vio a nadie. Se palpó el muy dolorido cuello. Tosió varias veces. Aun así, permaneció recostado otro buen rato. Cuando se convenció

que, quizás, estaba solo, se fue incorporando poco a poco. Primero levantó la cabeza. Aún acostado se volvió a palpar. No cesaba el dolor. Luego levantó el pecho y enseguida se sentó. Otra vez se mantuvo unos minutos así. Después se puso de rodillas y, por último, muy lentamente, se fue poniendo en pie.

Miró a su alrededor, escudriñó detrás de los árboles. Aguzó el oído hasta donde pudo. Y al paso de cada minuto, le parecía que el destino le estaba concediendo otra oportunidad de vivir. Entonces fue cuando recordó que, aún medio desmayado, al caer semiinconsciente al suelo, alcanzó a escuchar parte de la conversación de los rebeldes. Y ahora parecía que en el ambiente flotaba la voz de una poeta venida del fututo, Rosario Castellanos: "No es posible sino soñar, morir, soñar que no morimos, y a veces, un instante, despertar". Como pudo, empezó a caminar de vuelta al pueblo. Lo hizo a paso rápido, o algo que a él le parecieron pasos rápidos, andando a veces a traspiés. A momentos parecía perderse. Estaba desorientado, obnubilado por la cercanía de la muerte. Lo que caminó de regreso era la misma distancia que había hecho de ida, pero a él se le hizo mucho más largo y complicado el retorno.



Yo ya no soy de este mundo
decía
mientras andaba
con sus ciento dos eneros
a paso
tras–

ta–
billan–
te
de la cocina a la noria
del comedor a la tienda
cuando
sentada a la sombra
del fantasmal eucalipto
se mecía en su sillón
Y así
como sin querer
se entretenía con El Poy
su perro que
igual
vivió
los mismos años que ella
Andaban juntos los dos
Ella lento
El animal
besándole las enaguas
de la cocina a la tienda
de la noria al eucalipto
del patio hasta los naranjos
Ella
que ya no quería
que le tomaran
más fotos
y nunca quiso mirar
a la lente de la cámara
Porque
en voz baja
decía
de veritas

de verdad
yo
ya no soy
de este mundo



Los árboles siempre fueron sus amigos. Ella, toda la vida creyó que era algo que le venía de manera natural. Por eso, desde que llegó al pueblo, los buscó. Plantó dos Ciruelos, que aquí se dan mucho, y que en pocos años se cargaron de frutos a más no poder; uno era de ciruelas rojas y el otro, de amarillas. Cuando uno prueba las ciruelas, aún ahora, traen consigo aires de niñez. El profesor Raúl Tristán Guerrero decía: Antiguo Morelos es un pueblo con sabor a ciruelas. Cristina también tenía predilección por las Chacas, esos árboles de brazos vidriosos, en color áureo, que estaban en la cerca de su casa. Además, amaba lo mismo a las aristocráticas Ceibas que a los humildes Huizaches o a las silenciosas Anonas. Se convirtió en lo que ahora se llamaría una fan, de los Sauces, los Aquiches y sus bolitas medicinales de color negro, de las Pitas y sus Chochas, y de los Pichijumos, Jacubes, Nopales, Chijoles.

Era feliz a la sombra de los Orejones o comiendo aquel fruto carnoso de los Guamúchiles. Y qué decir del Cedro que le regaló a mi madre para que lo plantara en el patio de la casa. Le complacía tanto sentarse en el sillón hecho con materia prima del árbol Huacalero. Hay un dicho muy nuestro: cuando el Huacalero florece; en el pueblo llueve. Y no falla.

Tal vez por eso, fue que animó tanto a Mateo, en el año de mil novecientos veintidós, a que recibiera aquel arbolito que les regalaban, de apenas cuarenta centímetros de altura, cuyas raíces venían, con un poco de tierra, en una bolsa de papel de estraza. Lo cuidó con esmero y amor. Ese árbol pequeño, era el Eucalipto (éste, más que todos escrito con inicial mayúscula); aquel que, con el paso del tiempo, llegó a ser el árbol más alto del poblado; el que se podía ver, si lo buscabas con la intención necesaria, viniendo de, El Mante, desde la salida de la curva de, El Pachón.

El Eucalipto, al que desde que tengo uso de razón hemos nombrado, El Hermano Mayor, asumiendo que estuvo ahí desde antes del naci-

miento de las dos primeras hijas –ambas murieron de meses de edad– Felícitas y Lorenza. El que luego fuera centro de reunión familiar cada fin de año. Centro de fiestas de los muchachos que fuimos en los años sesenta. En el que a su sombra estuvimos en rueda, aquella familia, que en sus mejores navidades llegó a sumar ciento siete parientes.

Y el que un día de los años noventa fuera talado. Esa vez, estuvimos los que podíamos venir. Todos estábamos tristes ante el sonido de la sierra eléctrica. Los abuelos, sentados en sendas sillas tejidas de palma, miraban como sin ver. Con ojos anegados, ya no se sabía si por la edad o por la tala de El Hermano Mayor. La visión final fue la más dolorosa: un muñón del grueso tronco, quedaba como aferrado a su tierra.

Nosotros, mi familia nuclear quiero decir, nos trajimos a nuestra ciudad de residencia, varios trozos de los brazos del árbol. En casa los cubrí con esponja gruesa y una cubierta de vinil en color café, asegurada por rondanas rústicas y clavos y, por años, los usamos como asientos a la hora de platicar –pusimos dos en la sala– o como soporte de mesa de centro, con un cristal circular sobrepuesto de cincuenta centímetros de diámetro. De alguna manera, les dije a mis hijos, aquí en casa, tenemos parte de nuestra historia.

Historia oficial

El día cinco de febrero de mil novecientos diecisiete, Venustiano Carranza promulgó la nueva Constitución que, llevara en alto, las preclaras ideas de la Revolución Mexicana, que, a su vez, había sido iniciada por Francisco I. Madero, siete años antes. Así que, en los días que aquí se rememoran, Carranza era el presidente del país. Y el pueblo, del que en estos renglones se habla, como la mayoría, estaba del lado de él. Eran tres fuerzas, tres tendencias políticas en el país: A la izquierda, Zapata y Villa; al centro Obregón; y a la derecha, Carranza.

Pancho Villa, comandante de la División del Norte, parte principal del ejército revolucionario constitucionalista, en mil novecientos catorce, después de la toma de Zacatecas, se dirigió a la ciudad de México y entró triunfante junto con Emiliano Zapata. De esos años es aquella fotografía icónica en la que ambos están sentados, sonrientes y con absoluto desparpajo, en la silla presidencial. Nomás "pa' ver qué se siente" diría Villa, según Rius.

Por evidentes desacuerdos políticos, Villa, Zapata y Felipe Ángeles, exigían la renuncia de Carranza y la elección de nuevo presidente. Al final, como ya se ha consignado renglones arriba, Carranza ganó la presidencia.

A fines de noviembre de mil novecientos catorce, el general Villa había comisionado al general Alberto Carrera

Torres para operar en la región huasteca de San Luis Potosí y Tamaulipas. En los años siguientes plazas como Ciudad del Maíz, Tula, Ocampo, Nuevo Morelos, Quintero, fueron tomados por los carreristas. Cuatro años después, aún con residuos de aquella violencia, las hordas cedillistas, y ya que el pueblo seguía siendo carrancista, llegaron e invadieron, en especial al poblado de, Antiguo Morelos, en donde causaron los destrozos y atracos, de los que, en el presente relato, se da cuenta.

En septiembre de mil novecientos veinte se anunció que Álvaro Obregón, había ganado la elección presidencial. Antes y después, Madero, Zapata, Villa, Carranza, fueron asesinados. Clara evidencia de tiempos, por demás, violentos en el país. Podría pensarse que el anarquismo escalaría más peldaños, porque después, a Obregón también lo asesinaron. No obstante, aun así, pareció amainarse un tanto el estado de desastre que, durante esa época, había prevalecido.

Medio año antes, en marzo del mil novecientos veinte, los repobladores de Antiguo Morelos habían regresado al terruño, quizás anunciando, con el emblemático hecho de volver, que en algún sitio de sí misma, la población mexicana se decantaba por los procesos de paz. Aunque, dados los acontecimientos posteriores en el país, a corto y a largo plazo, nunca supieron si, de verdad, lo habían logrado.



Por sabiduría popular podemos decir que quien se va, nunca vuelve. Quien se aleja, cuando regresa ya es otra persona. Y el lugar al que te traen de nuevo tus pies, para entonces,

tampoco ha de ser el mismo del que un día te fuiste. Las aguas del arroyo son nuevas; lo son a cada momento, eso también es cierto. Este árbol es más grande, aquel matorral más pequeño. Algo pasó con la yerba, en su brote natural, que ahora cubre con verdor lo que antes fueran lomos de veredas y sube por algunos troncos de robustos árboles. El sol, aunque es el mismo, hoy es un poco más viejo que el de ayer.

Si sabemos que los ancestros de la Huasteca creían en una vida ultra terrenal, el Temezlab y sabían que los muertos volverían en el Xantolo; entonces, ¿se podría pensar en la posibilidad de que un pueblo como el nuestro, si decidimos volver, habitarlo de nuevo, rehacer nuestras vidas, tendrá la fuerza para renacer y repoblarse? ¿Podría volver del más allá?

Ésta fue, palabras más, palabras menos, parte de la conversación de los desterrados que, en algún lugar, quizás de la Huasteca Potosina, tuvieron, cuando por primera vez se juntaron con el ánimo de volver.

Los árboles esperan, tú no esperes; éste es el tiempo de vivir, el único, ha escrito, tiempo después, Jaime Sabines. El poeta hace alusión a vivir y aprovechar el tiempo de que disponemos, ese bien que nunca se ha de recuperar. Las raíces de los árboles son fuertes, las del ser humano quizás lo son más. Si es difícil sacar de raíz a un árbol, representa mucha mayor dificultad cambiar, con todo y sus raíces, a una persona. Y quedan en el aire aquellas palabras que, al parecer se desvanecen: éste es el instante único, ya no volverá. ¿Será posible entonces que, algún día, la gente del pueblo vuelva? ¿Serán ellos quienes regresen? ¿O serán otros y a la vez los mismos? ¿Los que habían dejado el ombligo enterrado aquí? ¿Los que, en el sentido estricto de la palabra, nunca se fueron?

Todos los pocos que habían acudido al llamado, dijeron que sí. Que iban a desafiar los peligros, incluso el de un posible nuevo ataque por las hordas revolucionarias. Que, por los árboles y las calles, por su historia, por sus pertenencias y los recuerdos, ellos querían volver. Pero en especial, aunque pocos lo dijeron en voz alta, la mayoría soñaban regresar, por ver los alucinantes atardeceres. Aunque, este es un apunte personal. Recordemos las palabras de Jorge Luis Borges en alguno de sus sonetos: las tardes, a las tardes son iguales.

Cuando recibieron el recado, cada uno en el lugar por donde se habían refugiado, algunos lo tomaron con recelo. Otros como Miguel Hernández, Demetrio Olguín, Policarpo Castillo, Camerino Maldonado, Cecilio Tinajero, Pedro Raga, Mateo Guerrero y algunos más, no lo pensaron dos veces. El grupo que formaron no fue muy numeroso, se habla de sesenta personas, pero confiaron en que, como sucedió después, se sumarían los que se habían escondido en rancherías cercanas entre el monte.

No importa, dijeron, si al volver ya somos otros. No importa si el pueblo, con el paso del tiempo, ha cambiado. Volvamos y que el porvenir sea quien dé a cada quien lo que le corresponde.

Lo siento por los naranjos
decía Gregorio
en la noche
inmensa
de San Vicente

y después
en Río Verde
sitio de donde
por cierto
él y ella procedían
Seria
su mujer
Macaria
en silencio lo escuchaba
El año pasado apenas
había sembrado
catorce
naranjitos como sueños
Se dedicaba a regarlos
tres veces a la semana
con el agua del arroyo
que en los hombros
con un palo
que
en dos cubetas cargaba
Son el futuro
decía
Y ahora
olvidados
solos
ve tú a saber de su suerte
Ya ves que allá
poco llueve
Creo que se van a morir



Aunque está algo escondida, a tres cuadras al sur de donde pasa la carretera que cruza el pueblo, de oriente a poniente, rumbo a San Luis Potosí, está La Plaza. Es el centro del poblado. Según su historia, en el año mil ochocientos ochenta y ocho, ahí se organizó la primera fiesta del entonces caserío.

Después, ya en el siglo veinte, en los años treinta, siendo presidente Petronilo Olguín, se puso el primer quiosco, el cual por cierto duró muchos años. Estaba en el centro de la explanada. Era pequeño y hermoso. Ahí se subían a parlotear sus arengas personales, declamadores y merolicos, borrachos y políticos, alumnos de escuela primaria y músicos. A su alrededor se celebraron juntas y mítines, fiestas patrias, celebraciones patronales, bailes. Se podía ver a su alrededor a las parejas de novios, o pretendientes, bailando, al tiempo que levantaban polvareda, ya que en aquellos años todo era tierra suelta.

El sótano del quiosco fue usado como archivo municipal, bodega de materiales, e incluso como cárcel. Ahí se encerraba a los borrachos y ladronzuelos que se pasaban de vivos. También se ha dicho que, en una época, la plaza fue escenario de faenas en donde se toreaban vaquillas. Y lo mismo fue, para los niños y jóvenes de entonces, primero, campo de béisbol y después de futbol.

Al lado sur de La Plaza, estaba la escuela primaria José María Morelos y Pavón. Ahí, una vez, una maestra pasó al frente del grupo, a un niño de siete años, a leer el poema de José Martí que a la letra reza: Cultivo una rosa blanca / en junio como en enero / para el amigo sincero / que me da su mano franca / Y para el cruel que me arranca / el corazón con que vivo / cardo ni ortiga cultivo / cultivo una rosa blanca. El niño leyó con miedo y alegría. Este hecho simple, fue semilla. Se dice que luego, cuando el escolar creció, se hizo poeta.

En La plaza se instalaban circos de los húngaros, con sus mujeres de tez blanca, ojos grandes en tonalidades verdes y voz potente; con

una pañoleta floreada en la cabeza. En los brazos y en las muñecas, varias pulseras que parecían de oro. También se instalaba La feria: los caballitos, las sillas voladoras, el tiro al blanco; y cantinas, muchas cantinas armadas sólo para los días de feria. En la esquina noreste, estaba el puesto de don Chanito. Las charamuscas, cocadas, natillas.

Está en el anecdotario de la plaza, que fue el lugar en donde una mujer, de nombre Lala, extravió a uno de sus hijos. Una madrugada del primer día de enero, el niño, de cuatro años, se soltó de la mano materna y como la neblina de un invierno inclemente era muy cerrada, no se podían ver hijo y madre. Las cuatro ceibas de las esquinas se deshacían con el viento. La abuela barría su cuerpo con ramas albahaca y ruda. La madre veía desde la puerta y murmuraba: "los demonios que viven en el sótano del quiosco no son los culpables hijo mío, somos nosotros que los amamos", parafraseando un poema que alguna vez alguien le dedicara. El niño era testigo de un relámpago que caía sobre la casuarina del patio. Le acosaba la disnea. En un momento imposible, dejaba de respirar. La madre decía su nombre muy cerca de sus labios, el crío volvía a vivir.

Abuelos adolescentes

Cristina vio las primeras luces de esta vida en un pueblo de nombre Las Minas, del municipio de Ciudad del Maíz, en lo que se llama la zona media, colindando con la Huasteca en el estado de San Luis Potosí. Ello sucedió el primer día, del primer mes, del último año del siglo diecinueve. Hija de Saturnina Álvarez, llevó, toda la vida, el apellido materno, como estigma de haber sido una niña sin padre. Y así, vivió siempre. Desde temprana edad, fue llevada a otro poblado mucho más metido entre el monte, Las Moras, en donde vivió hasta la adolescencia.

En aquellos años el país tenía muchas más carencias de las que hoy podríamos imaginar, y Cristina, como muchos adultos jóvenes, no sabía leer ni escribir. Yo aprendí a leer la naturaleza, decía. Aprenda también usted, mijo, remarcaba. Algún tiempo después, ya mujer mayor, cuando se fue a vivir con Mateo y formaron una familia, él se propuso ser su profesor particular, así que le compró lápiz y cuaderno, pero ella no le veía mayor gracia a pasarse horas, inclinada frente a una hoja en blanco, así que se conformó con aprender a escribir su nombre. Y ya estuvo.

Después de los veinte, por azares de un destino que a veces ni ella podía explicar, un día se encontró viviendo en la ciudad y puerto de Tampico, al sur del estado de Tamau-

lipas. Los domingos por la tarde, después de salir de misa, caminaba en la plaza principal, por el puro placer de mirar las amplias calles, los primeros autos ya no tirados por caballos, la gran explanada, la gente en sus mejores ropas, la vida apacible, los jardines todavía sin el quiosco central que hoy luce.

Alguna vez, en compañía de dos amigas de su edad, tomaron un tranvía que las llevó a la vecina, Villa Cecilia. Ahí conoció el mar. Apenas llegaron, se quitó los zapatos y empezó a caminar descalza por la playa. Era un horizonte de agua hasta donde la vista alcanzaba, que en lo lejos se confundía con el cielo. Si no hubiera nubes, ella habría pensado que uno era prolongación del otro. Años después, encontraría esa experiencia en una canción: el mar y el cielo / se ven igual de azules / y en la distancia / parece que se unen / mejor es que recuerdes / que el cielo siempre es cielo / que nunca, nunca, nunca / el mar lo alcanzará / Permíteme igualarme con el cielo / que a ti te corresponde ser el mar, del autor Julio Rodríguez, que interpretara con el trío "Los Panchos". Fueron y vinieron, sus amigas y ella, en tramos no demasiado largos. No se alejaron mucho. Era la primera vez que veía y el mar y por ese sólo hecho, consideraba, no le parecía un momento propicio para confiarse. No decía palabra. Ya sabemos que el asombro, anula el habla. Maravillada, veía las olas acercarse a la playa, hacer una espuma blanca que, al llegar sus pies, se deshacía y regresaba al mar. Recogió algunas conchitas de la arena, las guardó en la bolsa de su vestido. Vio algunas nubes deshacerse. ¿Así es la vida? Una gaviota, al parecer perdida, a vuelo lento surcaba el aire. Vio el sol cielo arriba, que se movía de manera casi imperceptible, lo seguía con la vista, a pesar de que la encandilaba, como la maravilla que sólo puede ser apreciada cuando se tienen veintiún años.



Antiguo Morelos se convirtió en un pueblo fantasma. Nadie, ninguna persona, andaba por sus calles. Ningún juego de niños y su gritería se escuchaban en los patios de las casas. Incluso los pájaros buscaron árboles por otros rumbos, los animales huyeron al monte. Hay quien dice que hasta en el arroyo dejaron de haber sardinas y champujones. Fue entonces cuando empezó a llover, a llover mucho. Aquí, que casi nunca llueve, o es poca, cuando llega, la lluvia, se vinieron unos aguaceros de padre y señor mío. Las calles eran ríos. El arroyo se creció y salió de su cauce, tres o cuatro veces. La zona en donde años después sería El Pozo, que desde siempre tiende a secarse, se sobrellenó. La yerba, de manera natural, invadió las calles, las veredas, los solares baldíos; incluso, se vieron paredes en las que, al verdor del zacate se le vio escalar. Y luego otra vez las lluvias. Más lluvias. Agua. Mucha agua.

Los espíritus que por las noches espantaban gente, también se fueron. Tal vez se iban tras las almas que los necesitaban, las que les habían hecho alguna promesa, las que les debían algo. De las casas en las se creía en ellos, en donde tantas historias de miedo se contaban, los espíritus también se ausentaron. Ya no hubo más, La Llorona, que anduviera buscando a sus hijos por el rumbo de, El Arroyito. Ya no, quien escuchara a, Los Marranos, arrastrar cadenas en cerradas noches. No más el, Pie Grande, en el interior de las casas. Los muertos ya no tuvieron a quien hacerle sus apariciones. ¿También ellos se dieron cuenta, y les podía, la tragedia? ¿También estaban tristes?

Los atardeceres, que es lo que siempre distinguió al pueblo por sus colores esplendorosos y arreboles surrealistas, se volvieron opacos y breves. Parecía que el tiempo de las cin-

co de la tarde a las siete de la noche, transcurría en apenas dos minutos. Y era muy poco ese tiempo para que se formaran los paisajes alucinantes de sus atardeceres. Cómo le hubiera dolido a la gente del pueblo ver aquellas tardes. Por fortuna, nunca las vieron. Y ahora, esos paisajes devastados, sólo aparecen en estas letras.

De igual manera, en esos años, el pueblo pareció ya no figurar en los municipios de Tamaulipas. Parecía que, incluso, oficialmente ya no existía; que hubiera sido borrado de los mapas. Si preguntaran por su ubicación, nadie daría referencias. Si alguien llegara a pasar por ahí, o por una de las veredas cercanas, a lomos de caballo o a pie, vería algo así como una silueta, un remedo, de lo que un día fue el poblado; una imagen desvaída por la orfandad en la que había quedado después del éxodo. Las toneladas de silencio de su entorno serían tales, que los viajeros que se acercaban, sentirían la necesidad de marcharse pronto y lejos. Lo usual, según indican las intuiciones de la naturaleza humana, es que nadie, o pocos, quieren acercarse a un lugar, o a una persona, que han sido abandonados. Incluso así, podríamos decir, y esta idea es algo así como un acto de fe de los que pensaban en volver y de quien ahora escribe, que el pueblo existía, aun en el exilio.

Damiana, la más chica de las hijas de Macaria, escuchó la gritería que se traían en la calle. Se asomó por la ventana y fue testigo de cómo sucedía la balacera entre la Guardia y Los Garreros. Todos en casa despertaron y se apoderó de ellos el terror. Unos corrieron a esconderse, otros quedaron

inmóviles. ¿Qué hago?, se dijo en medio del pánico. ¿Qué hago Dios mío? Miró a su alrededor y vio los bultos de maíz recargados en las paredes de la cocina. Luego, al mirar más al fondo, descubrió unos colotes llenos, hasta el tope, de maíz desgranado. Entonces le vino una idea y no la pensó dos veces. De manera rápida, llevó uno de los cestos hasta el fondo, detrás de los bultos de maíz; empezó a sacar, con ambas manos el grano, y a ponerlo en unas cubetas que trajo de la cocina. Cuando hubo de vaciar más de la mitad, se metió entre el maíz y quedó sentada. Luego se vació una y otra y otra, eran tres cubetas, de semillas sobre ella. De este modo, quedó cubierta, casi podría decirse sepultada, por el maíz. Entonces permaneció en silencio.

Cuando los maleantes entraron a su casa, casi dejó de respirar. Escuchó cómo agredieron a su hermano, sus hermanas, sus padres. Oyó el llanto, las quejas, los balazos. Sintió muy de cerca cuando los bandoleros se acercaron y robaron los bultos de maíz. El colote en el que ella se encontraba, como ya se ha dicho, estaba al fondo de la cocina entre tiliches inservibles, así que hasta allá no fueron los rateros. Percibió que se alejaron un poco, luego volvieron y se llevaron más cosas, pero tampoco esta vez la descubrieron.

Ahí permaneció todo el tiempo que los forajidos estuvieron en el pueblo. No comió, no bebió agua. Ahí, en la noche, aun sin querer, se fue quedando dormida. Ya entrada la madrugada, a momentos abría los ojos. De pronto no sabía dónde estaba y una angustia terrible le invadía. ¿Estaré muerta? Pero en apenas unos segundos recordaba. Recuperaba la memoria de su situación y de nuevo era consciente y cuidadosa de su escondite. Pensaba que, si estos se la llevaran, no tendría un alma como para andar en la revolución, ni para que dijeran de ella, lo que dicen de Nacha Ceniceros, la de "Cartucho", de Nellie Campobello: "Viva Nacha

Ceniceros, coronela de la Revolución"

Así, el tiempo sin medida, hasta que por fin se fueron. Escuchó que hablaban de irse, de que no era prudente quedarse mucho tiempo porque las fuerzas del gobierno podrían encontrarlos. Aun así, no se confió. Supo en qué momento se iban. Escuchó los cascos de los caballos alejarse poco a poco. Lejos, como eran muchos, aún se escuchaba el trote lento de los pencos.

Luego de algo que a ella le parecieron años, salió de su escondrijo. Con ambas manos empujó el maíz que la cubría y de a poco, fue emergiendo como quien nace a un mundo nuevo y extraño. Miró a todos lados. Lo único que escuchó fue silencio. Primero sacó las manos, los brazos, luego una pierna, después la otra. Al fin salió del escondite. Caminó hacia la puerta, se asomó a la calle, era un desierto.



El ciego Marín González perdió la vista a causa de la viruela, esa enfermedad traída a México en el siglo dieciséis por los conquistadores. Marín vivía por el rumbo de El Callejón, el barrio que está detrás de la presidencia municipal. Debido a la ceguera adquirida, el hombre hizo de necesidad virtud: desarrolló su oído musical y aprendió a tocar guitarra. Siempre cantaba las mismas seis o siete canciones, pero con eso le bastaba para que la gente le diera algunas monedas.

Caminaba por las calles con la solvencia de quien las conoce como la palma de su mano. En cada bocacalle se detenía un poco y decía en voz alta, voy por la casa de los Calderón. A la siguiente decía, estoy en la tienda de Herón Medina. Y así, al seguir su caminar, continuaba con su soliloquio hasta llegar a casa.

Sabía el valor de los billetes con sólo tocarlos. Decía, este es de a peso, este de cinco, este de diez.

Su leyenda dice que, a veces, andaba en bicicleta. Cuando, siendo niño, me lo contaron, yo, asombrado y boquiabierto, lo creí. Luego, cuando crecí, lo introduje en una frase de un texto que tuve a bien escribir. Ahora lo traigo aquí como una fantasía posible, no importa que la aseveración suene contradictoria. De tantas veces que lo escuché, ahora puedo escribir que alguna vez lo vi – ¡el ciego Marín en su bicicleta! – en una de aquellas bicis balonas –chaparras y con llantas gordas– en las que podías avanzar muy despacio. Si yo tuviera la gracia y las capacidades de un dibujante, juro que esa imagen la habría plasmado ya en un pliego, el cual tendría colgado en una de las paredes de mi cuarto de libros que tengo en casa.

Cierto día, una mano tomó las manos de Marín y lo guio sin rumbo aparente. Él se dejó llevar. La caminata fue larga. El ciego sabía que algo extraño sucedía, pero no tuvo miedo. Luego de más de una hora de caminar, se dio cuenta que lo habían llevado al cementerio. Lo sentaron en una lápida. Él, con los dedos palpó las letras, que estaban escritas

en relieve como se acostumbra en los camposantos, y supo de quién era aquella tumba. Después, una voz le anunció al oído: aquí hay oro enterrado. Y manos y voz nunca más volvieron a hacerse presentes. Pasaron algo así como dos horas. No había evidencia de la presencia de alguien. Entonces se decidió. El ciego buscó la cabecera de la tumba y comenzó a hacerlo. Rasguñó la tierra con sus dedos, empezó poco a poco a cavar. Fue mucho el rato que lo estuvo haciendo. No era fácil hacer un hoyo en la tierra a mano limpia. Se ayudó con un varejón que por ahí encontró. Ya entrada la madrugada dio con algo. Cuál no sería su sorpresa: al palparlo, supo que se trataba de un cántaro que en su interior contenía muchas monedas. No se supieron más detalles. La vida de Marín no cambió. Siguió viviendo en El Callejón, tocando la guitarra y tarareando sus seis o siete canciones y, quizá una vez más -que fue cuando lo soñé-, andando por la bajadita de la carretera, en su bicicleta balona.

Dos años después de la migración

Dos años después del éxodo, a principios del año mil novecientos veinte, algunos originarios del pueblo convocaron a reuniones, con el fin de regresar a su tierra. Fueron varias veces que lo hicieron. Por fortuna siempre hubo muy buena respuesta, la gente asistía a las juntas. El proyecto requería de organización. Y la gran mayoría, por no decir, la totalidad, estuvieron de acuerdo en volver. Fue una idea colectiva. Todos añoraban su tierra, su casa, sus recuerdos. Luego de varias conversaciones, decidieron hacerlo de manera formal. Dieron parte al gobierno del estado y fueron oficialmente autorizados a que lo hicieran. Así entonces, había llegado la hora.

El día diecinueve de marzo, día de San José, patrono del pueblo, después de hacer los trámites legales correspondientes en la capital del Estado, se reunieron los antiguos pobladores sobrevivientes y en un acto, por demás significativo, se cuenta que entraron sesenta personas a pie, en grupo, al pueblo. Era un puñado de hombres y mujeres con la cabeza en alto y la mirada limpia. Eran pocos, pero la fuerza por volver y el amor a su tierra, les hacía parecer una multitud. Venían a paso lento, pero firme. Sin prisa, pero sin pausa. En sus caras no había miedo ni dudas. Más bien sus gestos eran duros, remarcados por el gusto y la alegría de volver,

por el sol y el sudor del mediodía, por la muy amarga experiencia, hoy destinada a resarcirse. Traían en cada paso, en cada mirada, en cada latido del corazón, el convencimiento de que volvían a sus orígenes. El poema de Amado Nervo, resuena en el aire y, aunque originalmente fue escrito para una mujer, aquí la amada es la tierra que está a la espera; ese es el milagro de la poesía, cada uno le damos dimensiones diferentes de acuerdo al momento que vivimos: Vuelvo a ti con los dedos enlazados / en actitud de súplica y anhelo / como siempre y mis labios no cansados / de alabarte y mis ojos obstinados / en ver los tuyos a través del cielo.

De manera natural, como pasa todo lo que permanecerá para siempre, un joven de nombre Crispín Balleza, que venía con el grupo, se desprendió de ellos. Se adelantó a paso rápido, corriendo por momentos, y llegó hasta la plaza. Sin decir más, se dirigió a la iglesia. Subió la pequeña loma en la que se encuentra y siguió por las escaleras de la torre. Llegó al campanario y desde allá hizo doblar las campanas. Las hacía tañer como siempre, como antes del desastre se hacía en el pueblo. Las campanas sonaron alegres como nunca. Hay quien dice que jamás se han vuelto a oír como entonces. A cada uno de los repobladores les invadió una avalancha de entusiasmo y buena ventura. A Mateo, que venía también con el grupo, se le nublaron los ojos. Las campanas no dejaban de repicar, al tiempo que los repobladores, a paso seguro, caminaban hacia la presidencia del pueblo, en donde, ese mismo día, nombraron, de manera oficial, un nuevo ayuntamiento. Resultaron electos, como presidente: Policarpo Castillo. Como regidores: Miguel Hernández, Cecilio Tinajero, Bartolo Espriella y Leodegario Altamirano. Y síndico: Víctor Rocha.

Una de las primeras indicaciones del nuevo cabildo, fue limpiar de monte las calles. También se cooperaron para

las necesidades administrativas, cada uno aportó cincuenta centavos. Se juntaron tres pesos. Fueron a la vecina Congregación Canoas y con eso compraron tinta, papel, diarios. Llevaron una silla y una mesa, empezaron a anotar matrimonios, nacimientos, fallecidos y demás sucesos. Se habían perdido los archivos. Tuvieron que rehacer el techo y paredes de la presidencia.



Este día va a pasar a la historia, dijo Demetrio Olguín a Leodegario Altamirano. Los dos muchachos andaban alrededor de los veinte años de edad. Eran compañeros de correrías porque ambos tenían cierta inclinación por la música y por la alegría. Venían andando entre la gente que volvía. Aquella fue una frase que, una vez pronunciada, pareció deshacerse en el viento. Como que nada más dos personas la habían escuchado. La dijo un hombre, la escuchó el acompañante. Ninguno de los dos imaginó lo que aquellas palabras iban a significar en el devenir del futuro del pueblo.

Después de que se hicieran repicar las campanas, de manera emblemática, como anuncio de que un grupo de hombres y mujeres habían regresado, empezaron a salir de rancherías cercanas y de caseríos escondidos entre el monte, más y más personas que no se habían asomado durante todo este tiempo, por temor a que todavía anduvieran por ahí Los Garreros.

Luego, en ese mismo día, de que se establecieran de manera oficial los nombramientos de presidente Municipal, Regidores y Síndico, se respiraba un ambiente de certidum-

bre y paz, toda vez que el pueblo, por decreto estatal, estaba custodiado por el subteniente Gabriel Hernández al mando de un destacamento de soldados.

Queda la frase, dicha de manera natural, flotando en el ambiente. Podría parecer que se deshizo en la luz del mediodía. No obstante, aquí, en esta parte del relato, la expresión se rescata. Se recupera al escribirla de nuevo. Y no sólo eso, sino que se conserva, se reescribe, con toda intención de que sea más que una línea de letras –más que un renglón de cinco palabras, dos preposiciones y un artículo– que se convierta, de verdad, en una realidad perdurable.

Resultó ser, quizás, como el efecto mariposa. Lo parafraseo de memoria. Disculpas. Alguien lo podría contar mejor que yo. No es pereza de ir a la bibliografía, es un latir desordenado que no cesa y empuja a escribir. Un viento apenas leve acaricia las alas de una mariposa. Una, no alguna en especial. Una. Cualquiera. Por ese roce mínimo, de manera casi imperceptible, el aire cambia de dirección. Luego sigue, toma vuelo, se hace ventisca. Después corriente y cuando menos imaginamos, ya es huracán, torbellino. Vuela por la llanura, sacude árboles, lleva lluvia que hace crecer y desbordarse arroyos y ríos. Ya es una tormenta eléctrica. Y devastados por las aguas desbordadas y el viento enloquecido, olvidamos que todo empezó siendo aire leve desviado por alas de una mariposa.

Un poco así.

Se transcribe el enunciado, con el propósito de que suceda, lo que aquellos dos jóvenes, Leodegario y Demetrio, hablaron entre sí. Que se pueda decir de aquel diecinueve de marzo de mil novecientos veinte y, de todos los diecinueves de marzo de todos los años por venir: este día va a pasar a la historia. Que cada año, con gratitud y orgullo, la gente recuerde y celebre.



Diez días antes del dos de marzo, del año dieciocho, del siglo veinte, una luz inmensa pasó por el cielo de Antiguo Morelos. Sucedió en lo más cerrado de la madrugada, tal vez esa fue la razón por la que la mayoría de los pobladores no la vieron. De hecho, parece que una persona fue la única que lo vio. Iluminó todo. Por un lapso de varios segundos pareció que era de día. Se vieron con absoluta claridad las calles, las casas, la plaza, las anonas, los huizaches, los caballos amarrados.

Rómulo Trejo, un hombre muy alto, delgado, cejijunto, que padecía insomnio, a esa hora estaba despierto. Su mujer y sus seis hijos dormían como piedras. Serían, tal vez, las tres y media de la mañana. Era una noche cerrada. La oscuridad lo cubría todo. No podía ver ni siquiera sus propias manos. De todas maneras, él se puso de pie. Primero se sentó en el borde de la cama. Permaneció ahí un buen rato. Otra vez éstos malditos nervios que no dejan dormir, pensó. Se levantó y, a tientas, caminó hacia la cocina. No trastabilló ni chocó con nada, conocía la casa al revés y al derecho, en ella había nacido hacía más de cuarenta años. En un vaso de barro tomó unos tragos de agua. Miró por la ventana y quiso salir al patio. Caminó en medio de la oscuridad a paso lento. Miró al cielo, había pocas estrellas. No pensó nada en especial, miraba y nada más.

Fue entonces cuando le sorprendió de sobremanera el suceso. Sin aviso, sin preámbulo alguno, del poniente, por el cielo, a toda velocidad, vino una luz gigantesca. Rómulo casi se muere del susto. Abrió los ojos, desorbitados, por cierto, cuan grandes eran y podían ser y con un movimiento

de cabeza semicircular, siguió el trayecto de la infinita luminosidad que aparecía en lo alto y se iba por el oriente. Fue en aquel momento, cuando pasó a ser testigo privilegiado. El único que pudo verlo. La luz duró instantes que bien pudieron ser cinco. siete segundos y que a él le parecieron tres eternidades.

Y él fue quien lo contó: Eran como como las tres de la mañana, dijo, no podía dormir y me levanté por un vaso de agua; salí un poco al patio y de pronto apareció. Fue la luz más grande y blanca que ojos humanos hayan visto jamás. Corrió por el cielo de allá para acá, decía señalando los puntos cardinales. Se vio todo clarito, como si fuera de día. Las calles, las casas, la plaza, las anonas, los huizaches, los caballos amarrados.

Casi nadie, le creyó. No faltó quien dijera, Rómulo está medio loco, con eso que no duerme bien y lo traicionan sus nervios.

Al final, en el momento en que volvió la oscuridad total, se escuchó un sonido estruendoso allá, muy lejos, que, incluso, causó un leve retumbar en la tierra. Este hecho, fue lo único que dos o tres personas pudieron creer, porque aun estando dormidos lo sintieron, y se despertaron con el retumbo de la tierra a esas insospechadas horas.

Después, ya de nuevo en la oscuridad absoluta, todavía encandilado quiso leer su Biblia. En Mateo 4:16 encontró: El pueblo asentado en las tinieblas vio una gran luz, y a los que vivían en región y sombra de muerte, una luz les resplandeció. Pero no encontró el sosiego que buscaba, sino al contrario, él, con un espanto que le aceleraba los latidos, pensó: esto es una señal, algo malo va a pasarle al pueblo.



Después de que Crispín Balleza las hiciera repicar como señal inequívoca de la repoblación, no se sabe a qué horas se dejó de oír el tañido de las campanas. Se dice que en la noche seguían vivas. Y aún en los días que siguieron. Es más, hay quienes dicen que, todavía hoy, más de cien años después, las siguen escuchando. Y claro, a estos últimos se les tilda de locos. Se comprende que los juzgones, nada saben de sueños y metáforas.

Las campanas continúan, hasta la fecha, ahí, en la bóveda de la torre. Se sabe que al fraguarlas se usó, además de bronce, una aleación de oro y plata. La voz popular cuenta que, para construirlas, la gente del pueblo donó sus pertenencias: Aretes, anillos, arracadas, pulseras, brazaletes, semanarios. De esa manera, hicieron una colecta de oro y plata para la fragua. Ahora sé que, quizás esa fue una de las razones por las cuales mi madre decía, cuando fui niño, que ningunas campanas, de ningún lugar, sonaban como las de nuestro pueblo. Así mismo me queda claro por qué hasta hoy, luego de más de un siglo, hay quienes las siguen escuchando.

Tenían, tienen, nombre. Una se llama Carmen y la otra Margarita. La razón de los nombres queda en el terreno de la especulación y a ello no daremos pie en este relato. Se cuenta, de igual manera, que su repique se escucha hasta a veinte kilómetros hacia el norte, allá por el ejido México Libre y para el sur hasta El Trompillo, por el rumbo de Las Flores.

Alguien más argumenta que la bóveda dentro de la cual se encuentran, es también importante. Siendo presidente el señor Eduardo Almazán, mandó construir la torre de cal y canto. Su centro de gravedad es la base en tierra. Pero la bóveda no lleva varilla de hierro, sino que toda ella está construida piedra sobre piedra, con la presión natural entre unas y otras. Esas piedras fueron traídas del arroyo del pueblo –se sumó la comunidad para hacerlo– y se pegaron entre sí con arena, cal y leche de vaca.

A una de las campanas, una vez le cayó un rayo. La agrietó. Esto provocó que perdiera el brillo de su sonido. Se volvió un tañer opaco. Para su reconstrucción, la trasladaron a San Luis Potosí, pero regresó peor, su sonido era todavía más sordo. La gente pensó que le habían quitado el oro y la plata que contenía. Luego de algunos años, por milagro o por gracia de Dios, recuperó su tañido original.

Además de ser las encargadas de llamar a misa, el pueblo les da también otros usos. Por ejemplo, cuando hay un incendio repican las campanas y todos miran al cielo buscando la columna de humo para saber por cuál rumbo sucede la desgracia. Se usaron también, cuando en la presidencia municipal no contaban con una, en las conmemoraciones del grito de independencia la noche del quince de septiembre. O para avisar que ya era hora de ir a la escuela. Y tal vez uno de los usos más significativos y tristes, se da cuando anuncian la muerte de una persona del pueblo (incluso si esa persona ya no vive ahí). Entonces el repique es alargado, lento, dejando lapsos de silencio que hacen más evidente la aflicción de su tañido. Quien las escucha, no puede evitar un melancólico escalofrío. Las campanas. Ellas.

Ya entrada la noche

Ya entrada la noche, cuando Mateo regresó, había poca gente en las casas. La mayoría se habían ido y los que aún quedaban, hacían preparativos para la deserción. Nadie hablaba. Nadie podía hacerlo. Él, que hacía unas horas se había salvado de la muerte se dirigió a su casa. Sus padres ya no estaban. Todavía la cabeza, por dentro, la sentía toda despochinada. Alguien dijo, se fueron para San Vicente Tancuayalab, allá en San Luis, nada más se llevaron lo que traían puesto. El cuadro, ante sus ojos, era desolador: aquí, un hombre en harapos, descamisado; allá una mujer con vestido hecho jirones; más allá un grupo de niños en calzones y con los ojos enrojecidos por el llanto. Un pequeño desierto con fantasmas flotantes que parecían haber olvidado lo que era estar vivos.

Entró a su casa, al cuarto, a la cocina. Todo era un desorden, un tiradero de cosas. Poca ropa en el suelo, trastos de cocina rotos. El ropero, con el cristal del espejo estrellado, estaba tumbado sobre una cama. La casa, como el poblado, era un destrozo absoluto. Salió otra vez a la calle y volvió a ver el cuadro que se ha descrito renglones arriba. Y todo en silencio. El presente era un miedo a todo lo que daba.

Y cuando pensaba que no se encontraría con nadie de la familia, salió de su escondite el perro de la casa, El Chato, aquel de pelambre rojizo y ladridos suaves. Se le acercó. Como si

el animal supiera de los momentos que vivían, no ladró. Le lamió el dorso de la mano. Él se inclinó un poco, ¡Chato!, exclamó en voz baja. El perro alzó sus patas delanteras sobre él. El hombre abrazó al animal y los ojos se le nublaron. Más tarde quiso decir a los vecinos, vamos a quedarnos, esta es nuestra tierra, aquí nacimos, aquí están nuestras raíces. Pero no pudo. O no encontró a nadie para decírselo.

De todas maneras, las palabras no encontrarían forma de ser pronunciadas por aquellos labios partidos y resecos, de un hombre apenas veinteañero presa de uno de los más terribles miedos que en su vida le había tocado vivir, la cercanía por milímetros de la muerte. ¿No es así todos los días? ¿No estamos todos a esa distancia mínima, de manera cotidiana, de la muerte? Hay quien dice que sí. Algunos así lo creemos. De todas maneras, contó muchos años después, si entonces les hubiera dicho a los del pueblo, quédense, no se vayan, nadie me hubiera hecho caso; el terror te vuelve ciego y loco y mudo.



Saturnina está sola en la cocina de su casa. Por la ventana mira hacia la calle. Otro día termina. A lo lejos el sol ya se esconde tras la serranía. La mujer, añosa, gesto endurecido, pelo entrecano y trenzado, piensa en su hija, que hace unos meses dejó la casa. Por momentos le puede tanto la incertidumbre, que duda si haberla dejado ir fue la mejor decisión. Se riñe a sí misma: ¿estará bien lo que hice?, ¿volverá un día? Creo que todavía no tiene edad para andar sola, con tanta maldad que hay por los caminos con eso de la revolución; debí haberme ido con ella.

Llegan las primeras sombras de la noche. La mujer se sienta en el tronco de un árbol, se apresta a encender su cigarrillo. Toma un pedazo de hoja seca, lo humedece pasándole la lengua varias veces, le agrega basuritas de tabaco que guarda en el zarzo y, con las brasas del fogón, en dos aspiraciones, lo enciende. Lo que aquí se cuenta, sucede en un caserío perdido entre el monte, ubicado en el Municipio Mexquitic de Carmona del Estado de San Luis Potosí, donde hay menos de cien habitantes. Es posible que, siendo un lugar tan pequeño y escondido, no parezca importante para la historia.

Y no obstante aquí, en el universo que puede ser este relato, es un sitio estratégico, un lugar representativo, ya que es el origen de Cristina, quien, por obra, gracia y sentido común de estas letras, aquí permanece viva para siempre. Las Moras es el universo en donde, sin luz eléctrica ni escuelas, sin pavimento ni agua potable, sobreviven, entre el miedo al asalto y a los aires revolucionarios, menos de un centenar de personas.

No imagina que su hija ha encontrado trabajo en una tienda de abarrotes y que ahí labora, de lunes a sábado, en horario de las ocho de la mañana a las ocho de la noche. Que, aun siendo de escasa palabra, ha encontrado entre las dos compañeras de labor, el apoyo al inicio y, después al paso de los días, la amistad. Que con ellas es con quienes sale a pasear los domingos por la tarde. Y que, incluso una vez, se concedieron la alegría de ir a conocer el mar.

La noche se hace mayor. Saturnina termina de fumar su cigarro de hoja. El cielo, de un momento a otro, se ha poblado de estrellas. Ahora hay muchas titilando allá arriba. Pero la luna, también de manera misteriosa se ha puesto empequeñecida, opaca. La mujer se asusta un tanto. Saturnina, ¿no sabes acaso que la luna es fría / porque dio su

sangre para las estrellas?, dirían a dos voces Nicolás Pascual Toledo y Jorge Hugo Chagra, desde su canción "Sapo Cancionero". Alrededor, los grillos llenan la noche de un ruido que, si fuésemos proclives a las metáforas, podríamos decir que forman un coro de cantos escondidos. Ella exhala, hacia el cielo, la bocanada de humo en línea recta. Mínima columna que, a decir verdad y dadas las condiciones de oscuridad, no se alcanza a ver. Luego suspira. ¿Qué estará haciendo a estas horas Cristina?



Cuando después del desmayo, donde lo dieron por muerto, quien cuarenta años después sería mi abuelo, regresó al poblado y no encontró casi a nadie, ni siquiera a sus padres, decidió buscar fortuna por sí mismo. Andando tramos a pie, a lomos de caballo prestado en otros y al final en ferrocarril, llegó a Tampico. Para entonces la ciudad ya era, junto con Veracruz, uno de los puertos industriales más importantes del Golfo de México. Había en la ciudad empresas automotrices, incluso transnacionales, de primer orden. En la Agencia de autos Buick, esos carros de lujo, llegó a trabajar, como ayudante de mecánico, el joven sin pueblo. Población ya no tengo, me lo robaron, repetía.

Se desempeñó de manera destacada en el oficio de ayudante de mecánico. Su figura, bajito de estatura, pelo muy corto y ojos de párpados caídos, podrían haber sembrado dudas en quienes no lo conocían. Pero enseguida dio muestras de su carácter resuelto e inteligencia sobresaliente, tanto así que, en pocos meses, recibió el ascenso a mecánico de planta. Esto le trajo mejores ingresos económicos y, sin

decir nada a nadie, por su propia cuenta, empezó a ahorrar en el Banco Mercantil de Tampico, de donde, con el paso del tiempo, fue corresponsal. Ascendió aún más en su trabajo. Se relacionó muy bien con el personal del banco, tanto que después, cuando regresó al pueblo e hizo familia, con frecuencia los recibía, como visitas distinguidas, en su casa. Y siguió siendo corresponsal hasta casi los años cincuenta.

Fue en esos años que, una tarde, cuando andaba por la Plaza de Armas del puerto, se encontró con Cristina, quien seguía en su cuerpo menudo, su pelo hasta los hombros y la voz escasa, aunque, claro, ya con la estampa de una mujer hecha y derecha, quiero decir, una señorita hermosa y firme. Por ese tiempo, las condiciones del país parecían haberse estabilizado. Social y políticamente las aguas se calmaban y la gente podía salir a caminar por las calles, otra vez, con libertad. Era la época cuando se acostumbraba que, los domingos por la tarde, las señoritas daban vueltas y vueltas a la plaza, en eso consistía su paseo, de derecha a izquierda. Por otra parte, los muchachos también caminaban alrededor de la plaza, igual en eso consistía el paseo si andabas buscando novia, pero de izquierda a derecha. Desde luego, el obvio propósito era que en cada vuelta se encontraran y volvieran a encontrar una y otra vez hasta que. Bueno, qué decir…

Aquí podría contarse una larga historia de relación amorosa en una pareja de principios del siglo veinte, pero, en realidad, este relato abarca desde la primera palabra de la página inicial, hasta la última letra de la última hoja, es decir, de marzo de mil novecientos dieciocho a marzo de mil novecientos veinte, aunque con sus extensiones temporales, necesarias como contexto, tanto hacia el pasado como al futuro. Entonces, para el caso, baste decir que Mateo y Cristina se encontraron en la Plaza de Armas de Tampico,

primero, en las miradas, después en la palabra y al fin en el amor. Y que, para irse a vivir juntos, lo hicieron volviendo al pueblo de él.



Nuestro pueblo, Antiguo Morelos, está situado en un lugar, según mapas publicados en el siglo dieciséis, que corresponde a la región huasteca cuyo nombre era Tampemol. Lugar habitado, como su gentilicio indica, por huastecos hablantes de la lengua tének. Entre los quehaceres cotidianos, desde aquellos tiempos, es posible que los habitantes originarios ya tuvieran, entre sus oficios habituales, el hacer, de manera artesanal por supuesto, panes pequeños y redondos, cuya materia prima era el maíz, y que tenía el dulce sabor de la vida sencilla y la fragilidad del alma humana.

Doy crédito –por corazonada, no lo niego– a la historia que dice: justamente por esta razón, los moradores del lugar optaron por nombrarla de manera congruente con sus usos y costumbres. Ello, los llevó a buscar un nombre en el cual quedara impreso una de sus principales labores. De este modo, dieron, usando la lengua originaria, un topónimo que dijera justo lo que buscaban. Escogieron Tampemol, que traído al castellano quiere decir, lugar de pan.

Con el paso de los siglos –nunca mejor aplicada esta expresión– y a pesar de los pesares, esta es una costumbre que, hasta la fecha, se sigue conservando en el poblado.

El Pemol sigue siendo el pan artesanal por excelencia de Antiguo Morelos. Es su sello distintivo. Y debido a lo delicioso que resulta al paladar, ya en lugares cercanos, y en no pocos alejados, incluso en recetas por Internet, hace muchos años que empezó a hacerse también este pan casero. Incluso, hace algunos años, un antiguomorelense de quien, por esta vez, se prescindirá del nombre, escribió un libro de poemas, en el cual, el punto de inicio y página final es el Pemol, y uno de los versos entrañables es aquel que dice: Yo soy un Pemol / no es un secreto / a la primera mordía me desmorono. Debo mencionar entonces, con satisfacción genuina, ya que el pan ha seguido conservando su nombre original, que este hecho lleva, llevará, a donde

quiera que lo preparen, la esencia y el nombre del lugar de donde es originario.

En el pueblo se siguen haciendo Pemoles. En algunos hogares todavía hay un horno de tierra y ahí, las mujeres hornean el pan. Brenda Guadalupe Tinajero, es una de ellas. Lo aprendió de su suegra Eloísa Hernández, pero Marcos su abuela, que también es pemolera, le enseñó los secretos. Su bisabuela Gumercinda, su tatarabuela Marcelina, igual, fueron pemoleras. Es una gracia que se ha venido transmitiendo de generación en generación. Brenda lleva su oficio con orgullo y sabiduría. Desde niña, cuando comía los panecillos hechos por su abuela, para ella era un gusto; pero aquella niña, jamás imaginó que un día iba a ser una gran pemolera. Amasa en pequeños rodetes la masa de maíz, agua y manteca. Les agrega azúcar y otros ingredientes personales. Aún hoy, sale a pie, por las tardes y va, de casa en casa, vendiendo pemoles. Ama su oficio. Ya tiene varios años haciéndolo. Al reconocer la delicia que son sus panes, la gente del pueblo dice, "es la mano". Yo agrego: es un don. Hacerlos es un ritual: mira la lumbre de las brasas que desde el horno le saludan con alegría. Son momentos de silencio e introspección. Espera con los ojos entrecerrados. En voz baja dice una oración. Minutos después despierta del ensueño: el milagro ha sucedido.

Ya casi llegamos

¿De quién fue la idea de volver, de regresar, contradiciendo el adagio del juglar mexicano del siglo veintiuno, Fernando Delgadillo, que a la letra dice: no vuelvas nunca al sitio de tus viejas alegrías? No aparece un nombre de quien haya sido el primero en sugerirlo. En los documentos de aquellos días no lo hay.

Más bien, se habla de un grupo de personas. De un puñado de hombres y mujeres convencidos, sin rendija alguna por donde pudiera entrar la duda, de estar de nuevo en sus casas, andar sus calles, cuidar sus animales, amar sus árboles. En otras palabras, celebrar su sentido de pertenencia a su tierra. Ya tenían por naturaleza propia, dentro de ellos, la semilla de lo que es Comunidad. Esa, a la cual se invoca para escribir este relato. Esa emoción que, al generarse, crea un vínculo natural, entre la gente que hace su vida en, y con, la tierra en donde nació. Incluso hay quien dice que, ese sentido de propiedad se puede conservar intacto, aun en algunas personas que emigran, pero que de vez en cuando vuelven y nunca rompen el lazo afectivo con su lugar de origen. Los que no olvidan, y mucho menos reniegan, de sus raíces. Y un día, como hoy, por ejemplo, merodean el ensueño legítimo de un texto comunitario afectivo.

Y está bien que haya sido así. El hecho de que fuera una iniciativa colectiva, nos da idea de que se trataba de gente generosa y solidaria en quienes prevalecía el compañerismo y el compromiso, valores sin los cuales, la proeza del retorno, nunca hubiera sido posible.

Se trasladaron de los diferentes lugares en donde estaban, a lomos de mula, hacia el pueblo. Se pusieron de acuerdo con recados y mensajes de viva voz. Pensaron en el día propicio para hacerlo. Acordaron que sería el diecinueve de marzo, el día de San José, patrono del pueblo, de aquel mil novecientos veinte, el cual ha quedado para la historia y del que ya se ha dejado constancia en este documento. Una vez iniciada la travesía, anduvieron las veredas sin prisa. No le hincaron las espuelas ni fustigaron a los animales para que apresuraran el paso. Pasaron por llanuras breves, por lomas no muy altas. Cruzaron un río, dos arroyos, largas extensiones de tierra seca. En algunos sitios estratégicos, se les sumaban otros acompañantes que, enterados del plan, también habían tomado la decisión de regresar.

En el trayecto se fueron sumando a la fila de jinetes, hombres y mujeres –y no faltaron algunos niños– que, con alegría los menores, e incertidumbre la gente mayor, aunque parezca imposible que ambas emociones quepan al mismo tiempo en un grupo de seres humanos, o incluso ambas en una misma persona de manera particular, avanzaban en pos de la recuperación de una parte de sí mismos.

Ya entrado el día, con el sol cielo arriba, alguien dijo, ya casi llegamos. Todos lo sabían, conocían los rumbos que pisaban, pero nadie se había atrevido a decirlo. Ya casi llegamos, repitieron una, otra y otras voces. A lo lejos, pero no tan lejos, se divisaba el pueblo.



Hay una mujer que viene con el grupo de los repobladores. Su figura, se recorta nítida montada en un caballo de pelaje oscuro. Ella es de piel clara y ojos almendrados; sus cabellos, negros, le caen hasta la media espalda. Le acompaña, en la misma montura, adelante de ella, un niño como de cinco años, inquieto, que a ratos llora y luego se entretiene y ríe. Más atrás viene gente que trae compañeros en ancas y después, algunos a pie. No consiguieron caballos para todos, pero ni eso mermó el entusiasmo por el regreso.

A pie, aunque sea, dijeron, pero hoy volvemos.

Por las señas y los detalles parece que es Soledad de la Cruz, quien vivía allá por el arroyo. No es la única mujer del contingente. Son varias, pero para efectos de la escritura del presente texto, nos vamos a centrar en ella.

Vuelvo, piensa, sola, sin el hombre con el que me fui. Dos años pueden ser dos siglos cuando uno está en donde no quiere estar y si la vida, o la muerte, te arrebatan a los que más quieres el tiempo se alarga todavía más y se recrudece hasta lo indecible.

Vuelvo y vienen conmigo, la fila de proezas y promesas que en todo este tiempo nos fueron forjando en este exilio forzado. La distancia es relativa cuando el despojo ha resultado tan violento. En mí, anidan también los propósitos de vivir y pervivir a pesar de los obstáculos, a pesar del destierro, ya hace dos años y, por cierto, obligado.

Ruego a los cielos por el eterno descanso de mi esposo. Dios lo tenga en su santa gloria. Nunca sabremos porqué y cómo fue que sufrió una muerte tan repentina, apenas unos días con aquella gripe, con tos flemosa y fiebres que, sin parecer tan grave, le quitó la vida.

Sé que regresar no será en vano. Tengo a mi hijo, por quien daría todo, reflexiona. Con su mano izquierda lleva las riendas del caballo, al tiempo que con la derecha revuelve los cabellos del niño. Por ti, en especial, hijo mío, volvemos, aunque de alguna manera rotos, con algo que siempre nos hará falta, venimos con el sueño de encontrar lo irrecuperable. Me gusta pensar que estoy volviendo, con mi mejor y mi peor historia. Así como pasa el agua del río, pasan las horas del día, así pasamos nosotros, somos instantes, gotas de agua en este glorioso río al que llamamos vida. Hay tanta luz en el camino, tanta sombra. Veo de lejos los árboles añosos y les pido perdón por la tardanza, Algo de nosotros, quizás mucho más de lo que imaginamos, presiento, nos está esperando.



Escribir de la repoblación de Antiguo Morelos es deletrear el nombre de mi abuelo Mateo, que nació, creció, vivió y murió, en ese pueblo; desde luego, con excepción de los años del destierro forzado. Es hablar de mi abuela Cristina que fue su compañera de vida por setenta y ocho años. Él murió de ciento tres, ella de ciento cuatro. Es nombrar a sus hijos, José, Gregorio, Enrique, e hijas, Paula y Adelaida, mi madre. Y por consecuencia, citar a mis hermanos, Miguel Ángel, que murió muy joven, Silvia, Saúl. Y quizás al resto de mi descendencia hasta futuros infinitos. Somos una cadena de generaciones que hemos llegado hasta aquí, viniendo desde quién sabe qué tiempos y seres humanos inmemoriales. Cada persona tuvo, tuvimos, que pasar por momentos cúspide, en los que parecía que perdíamos la vida, y no. Y

gracias a que seguimos vivos, pudimos continuar trayendo hijos en cada generación. Y podemos escribirlo.

Pasa por mi cabeza aquel instante en que a mi abuelo –antes de serlo, entonces andaba en sus veinte– Los Garreros lo dieron por muerto. Voy a darle el tiro de gracia, dijo uno de ellos. N'ombre, pa qué, si ya está muerto, no desperdicies parque. ¿Y si el bandolero hubiera dicho, al cabo es nomás un tiro, y le hubiera disparado de muy cerca? De ahí para abajo en su descendencia, ninguna generación existiríamos. Yo no estaría escribiendo estas letras. Qué grandiosa es la vida, ¿no? Hay algo incomprensible y sublime, que, en aquel preciso momento, determinó la decisión de los rebeldes a no darle el tiro de gracia a un hombre que parecía muerto. Increíble. Y después, por qué no decirlo, también cada uno de sus descendientes hemos pasado por nuestros propios momentos cúspides. Y aquí estamos. ¿No es acaso una maravilla que así sea?

Recuerdo las palabras de la poeta Szymborska: es él / quien nos arrancó del interior de la especie / quien nos sacó del círculo del sueño / anterior a la palabra sueño / en el que lo que nace está vivo / nace para siempre / y muere sin muerte.



Sé de cierto pues, que el relato de la repoblación de la tierra donde vi las primeras luces, resulta en una historia casi infinita y a la vez familiar. Se pierde en el pasado, más allá de las teorías de la evolución y se adivina en un futuro al cual se le conceden miles de millones de años. ¿De qué se trata entonces? Si la intención era celebrar, con una reseña, el

renacimiento –símil de la vivencia, al escapar de la muerte de aquel repoblador– de un pueblo que también parecía muerto, así lo haremos. Así lo estamos haciendo justo ahora. Repoblar. Volver a poblar. Renacer. Volver a nacer. Entrar, un grupo de hombres y mujeres, a pie. Caminar por calles ya tomadas por el monte; entrar en casas, sus cuartos, la cocina, en donde el polvo y el deterioro, la oscuridad y el silencio, habían sido dueños absolutos en los recientes setecientos treinta días.

¿Cuál es, entonces, el día que pasó a la historia? Alguien podría decir que aquel en el que entraron los facinerosos al pueblo. Alguien más, dirá que el diecinueve de marzo, cuando sucedió el milagro de la repoblación. Una tercera opción, sería aquella en la que otra voz se aventure a decir que no sólo uno, sino ambos días han quedado para la historia. Y todavía más, no faltará quien piense que cada día que pasa, por insípido y deslucido que parezca, ya forma parte de la memoria comunal. Porque Antiguo Morelos, al igual que toda entidad viva, está conformado por altísimas cúspides y profundos abismos. Es así como, por su propia cuenta, léase por obra y vida de sus pobladores y de un azar mucho más allá de nuestros delirios, es que ha podido construir lo que para nosotros y para las generaciones vendieras, es y será su Historia.

Por eso hay que escribirlo. Ya que no sabemos a dónde vamos, al menos dibujemos, a letras, de dónde venimos; nombremos lo vivido, lo que han vivido los que nos antecedieron. Que la vista llegue más allá del horizonte. Y ojos adentro, que la mirada vea, también, los claroscuros.



El Pozo, del cual se abastece al pueblo de agua, tiene pocos años de vida. Fue a mediados del siglo veinte cuando se construyó. Aunque se piensa que ahí, alguna vez, por drenaje fluvial, naturalmente era zona de recolección de agua. Se encuentra en las cercanías del arroyo. Tiene siete metros de profundidad y un aforo de diecisiete litros por segundo. Le dan vida las aguas de arroyo y las corrientes subterráneas que por ese rumbo son generosas. Se usa para tal efecto una bomba Lister, inglesa, que a últimas fechas ha venido a menos.

Ha sucedido algunas veces que El Pozo, casi se seca, debido a que el arroyo, a veces, parece morir –no se mantiene al margen del deterioro global del planeta– y las corrientes subterráneas también se han mermado. La gente reza. Hace oraciones con fe ciega, si es que decir fe ciega no es un pleonasmo, con el convencimiento que un Ser superior hará el milagro de la lluvia. Y hasta ahora, sí.

Aunque no se parece en casi nada al Pozo de El Principito, al menos a mí, me lo recuerda. En aquel, El Principito y el Aviador satisfacen su sed, al tiempo que conversan sobre lo extraños que son los hombres. Lo único en que se parecen ambos pozos, es en que los dos tienen agua. En tiempos de ensueño, me gusta pensar que además comparten algo todavía más valioso: el agua de la amistad, del amor, del consuelo.

El arroyo del pueblo, como se le nombra al nuestro, es diferente a un río, porque no procede de un nacimiento, de un manantial propio. Aun así, a principios y mediados del siglo veinte el arroyo del pueblo era un paisaje, más que apto, para el más sensible pintor del mundo. Desde la Poza del Ahogado, pasando por la Morita, las corrientes bajo el puente, el vado rumbo a los potreros de Jorge Pasquel, hasta las aguas serenas en los terrenos que están detrás de los restaurantes Paty y El Tepeyac. Tenían el verdor de plantas y árboles, sauces en especial, que en las orillas lo flanqueaban. Muchas partes de ese trayecto tenían un nivel

bajo, menos de un metro. Aunque hay que decir que las pozas siempre tuvieron profundidad considerable.

Pero ya que fuera de nivel superficial o profundo, sus aguas eran limpias, transparentes. En las pozas el agua parecía inmóvil. En las partes más bajas, su corriente era suave y, si se me permitiera un lapsus emocional, diría que cantaba. ¿Ya dije que en mi pueblo sus arroyos cantan? Siendo niño, te podías parar en sus orillas y como en esos días el silencio, y no el ruido, era dueño del ambiente, podías oír el discurrir del agua que, en su ligera corriente, por entre las piedras del arroyo, cantando, se iba.

Novios y tranvías amarillos

La pareja camina por las calles de la ciudad. Ambos, que provienen de sendas poblaciones pequeñas, todavía se asombran con autos, avenidas y edificios. No es la primera vez que están juntos. A estas alturas, después de varios meses de que él la buscara en las vueltas que daban en la Plaza de Armas, se puede decir que han formalizado su noviazgo. Se ven sonrientes. Serios, pero contentos, en especial ella, que, aun así, conserva un comportamiento muy propio. A él se le ve un poco más animado. Caminan sin prisa, como no queriendo llegar a ningún lado.

Ella lleva un vestido sencillo, de gasa de algodón, largo hasta debajo de las rodillas, cerrado en la parte posterior y de cuello alto. Él va con pantalón de pinzas, en color caqui, que combina con camisa blanca. Se detienen en el cruce de dos calles céntricas. Algo le dice él a ella. Esperan otro rato. Por las vías, ex profeso, a lenta velocidad, se acerca uno de los tranvías amarillos que circulan en la ciudad. Le hacen la parada y lo abordan. Toman asiento, ella del lado de la ventanilla. Viajar en tranvía, para ellos, es toda una aventura. Miran cómo pasan las casas, las tiendas, los pocos autos estacionados, la propia gente, que van en sentido contrario al rumbo que ellos siguen. Son Mateo y Cristina.

Parece que los tranvías amarillos llevan a la playa. Parece, pero, aunque así sea, y aun cuando el mar tenga todos los elementos para desarrollar una bella pieza literaria, eso no es lo más importante ahora.

Mientras viajan, él busca las palabras que sean las apropiadas. Con sus ojos quiere encontrar los de ella. Necesito decirle algo. Él, que siempre ha sido tan seguro de sí, aquí se le corta la voz. Dígame, asiente ella muy seria. Eh… ya que usted y yo ya somos novios, quisiera, quiero –carraspea un poco a fin de aclarar la garganta– proponerle que. Se queda callado otra vez, a leguas se nota que le cuesta hablar. Ella sigue sin decir palabra. Quiero pedirle, que se venga a vivir conmigo. Ya que acabamos de repoblar el pueblo, pienso, con los ahorros que tengo, hacer una tienda de abarrotes. Allá viviremos. Cuando se dio cuenta ya lo había dicho todo de un tirón. Pero ya no dijo más. No le dijo, tendremos hijos, nietos, bisnietos, tataranietos. Tampoco predijo, usted y yo viviremos más de cien años. Y llegaremos a esas edades, de pie, lúcidos y juntos.

Fue así como se vinieron a vivir al pueblo. Pusieron la tienda de abarrotes en donde ella agregó una sección de mercería. La ceremonia formal, de su matrimonio sucedió veinte años después, en la célebre boda, en el pueblo, de los cuatro Mateos.

Desde entonces, los tranvías amarillos fueron uno de los mejores recuerdos para Cristina.

Los sueños se marchaban de viaje, cuenta Eduardo Galeano, en su entrañable El libro de los abrazos. Esta vez, aquí, en el

pueblo, los que se iban eran hombres, mujeres, viejos y menores. Estos sueños, son personas. Todos a pie. Sus pasos podrían considerarse todo, menos la intención de ser, alguno de ellos, un sueño por cumplirse. Tal vez un sueño que se queda.

Salían de algo que ya era Nada. Iban de la Nada hacia la Nada. ¿Acaso existe un lugar, de donde vengas y a donde vayas, donde todo es ausencia? ¿Un sitio en el que, al entrar, sin que te lo propongas termines multiplicado por cero? Tal vez por eso, los movimientos, el andar, el avance de las siluetas, de los sueños que se van, se perciben en lo que suele llamarse cámara lenta continua. Quizá no sueñan su destino, sus orígenes.

No obstante, si hubiera un lugar en donde la oscuridad se hace día, el río mar, la tormenta paz, ese sería, justamente, el territorio ensoñación. Terreno, por cierto, no apto para cuerdos, jueces de pacotilla ni para perfectos. Sitio en el que se recupera lo perdido y sucede lo imposible. Parcela en donde, en alguno de los surcos, un día cae una semilla que, después se hace arbusto y luego, un árbol cuyo ramaje llega hasta las nubes.

Además, si lo soñaste, lo viviste.

No ser el personaje del sueño, sino ser quien pudiera ser testigo del mismo, y luego venir a contarlo en un relato como este. Esta fila de renglones en busca de lo que somos. Esta cajita de milagros en donde al abrirla, se puede uno encontrar con sus muertos, que quizá en ese momento, de algún modo, y por favor no me pregunten cómo, vuelven a vivir. He ahí la maravilla de la escritura.

Los sueños son ellos, son otros, de otros. Y, sin embargo, al alargarse en tiempo y espacio, también me tocan a mí. Me hacen partícipe de lo sucedido y de cuanto vendrá. Entonces descubro que en el relato también cuento mi sueño, me estoy contando a mí mismo.

Y ya que los sueños, sueños son, según Calderón de la Barca, lucen ingrávidos y efímeros, lejanos e inaprensibles. En un momento están ahí y al siguiente ya no. Como los seres humanos lo son, según apreciaciones de un habitante que los mira desde más allá de las estrellas. Aun así, como cita Rosalía de Castro: no importa que los sueños sean mentira, ya que al cabo es verdad que es venturoso el que soñando vive, infeliz el que vive sin soñar. Y a veces, no se sabe si lo que vivimos es la realidad o es un sueño. De ese modo, entonces, podemos ver las figuras de la gente, andando, yéndose. Se convierten en imágenes que deshace el viento.



Una palabra en la puerta
toca con todas sus letras
Ya han sido varias las noches que viene a la misma hora
Desde aquellos días terribles no ha dejado de venir
Pero nadie
nadie le abre
No hay nadie que quiera hacerlo
La desbandada y el caos
aquí dejaron un páramo
No hay intenciones de abrir
ni un viento con el propósito
de empujar
de abrir las puertas
Nada pues con las seis letras
que forman esa palabra
Noche a noche viene al pueblo
Es fácil de adivinarla

Así que ahora
aunque duela
al que lee
y al que redacta
no hay de otra hay que escribirla
No con inicial mayúscula
pero igual devastadora:
olvido es la amenaza
olvido ronda en las calles
olvido quiere matarnos
Por suerte
la voz de Rulfo
se oye todavía en el viento:
también se quebró la piedra
con la que estuve tocando
la puerta
y nadie abrió



Son las cosas sencillas lo que marca el rumbo de nuestra existencia. ¿Es una locura decirlo? Tal vez. Pero me queda claro que, lo que relumbra y hace ruido, lo que medio mundo admira, el momento cumbre de una carrera, de un deporte, de una publicación, no lo es todo. Si fuésemos al inicio, al germen que dio lugar a ese logro que tanto se pondera, es muy posible que nos encontraríamos con una idea simple. Los grandes bosques empezaron por un árbol. Y cada árbol comenzó siendo semilla. Vamos: un espermatozoide y un óvulo, ambos microscópicos, dieron lugar al ser humano que ahora somos.

Bajando desde el choyal, que está hacia el norte de la iglesia, en donde crecen las cuijas, viene El Arroyito. Su lecho es angosto y pedregoso. Cruza el pueblo de poniente a oriente. Pasa a un lado de lo que fue la miscelánea "La Lucha", entonces propiedad de Panchita Segura y Camerino Maldonado: ella, maestra de primaria; él, un gran violinista, quienes emigraron, en los años del destierro, a la vecina Congregación Canoas. En esa parte, el puente es la propia calle que, media cuadra después, desemboca en la plaza. No tiene las profundidades de la Poza del Ahogado ni la corriente del arroyo del pueblo.

Las cosas sencillas demarcan lo que somos. Sin agua la mayor parte del año, aun así, El Arroyito tiene su encanto. Porque, cuando la lluvia se acuerda de nosotros y viene y nos visita, él es el primero que se alegra. Forma un hilo de agua que nace allá, arriba, de donde viene. Y su corriente, que no por ser poca tiene menos fuerza, canta a su paso sobre el pedrerío. En mi pueblo, el agua de sus arroyos canta, creo que ya lo dije, ¿no? Eso me lo contó mi madre cuando niño y, a buena suerte, desde entonces, hasta hoy, he podido constatarlo.

Jacobo, mi padre, tenía una canción consentida, digo esto porque la cantaba muy seguido: arroyo claro que en tu murmullo / le das arrullo al cañaveral / Hilito de agua que hace cosquillas / a mi vereda y a mi jacal / Son tus guijarros un collarcito / con el que adorno mi corazón

/ Cuna de plata de la mañana / que en la montaña se hace canción. Hasta parece que Agustín Lara, el compositor, un día pasó por Antiguo Morelos, vio el arroyito y enseguida escribió la canción.

Durante seis o siete días, después de las lluvias, es un hilo de agua limpia que se vuelve entrañable para quienes se detienen a verlo. Luego otra vez se seca. Quedan las piedras lavadas, como nuevas, y las ramas de los setos, ladeadas hacia donde las doblara la corriente. Quizás El Arroyito viva de esos recuerdos. Tal vez, siempre esté esperando que llueva otra vez, para ser lo que en realidad es. Mientras tanto, es parte del paisaje, siempre lo ha sido. No por estrecho y seco la mayor parte del tiempo, se da por olvidado.

Una pequeña piedra tirada a un estanque, genera ondas circulares que alcanzan las orillas y llegan todavía más allá. La bala que no dispararon a mi abuelo desmayado. El autobús que, por tardanza, no se pudo abordar y tuvo un accidente. La palabra que se dijo, en una charla común y cambió la vida de alguien que la escuchó.

Las cosas sencillas, en apariencia simples, sustentan la vida. ¿Es atisbo de sabiduría decirlo? Nosotros mismos, en el universo, somos apenas pequeñas partículas. Y, sin embargo, dentro de nosotros hay otro universo. Gloria pues al arroyito, el que, de poniente a oriente, silencioso la mayor parte del tiempo, cantarín cuando llueve, cruza por mi pueblo.

En estos días, El Arroyito, ya no existe, me dice el sabio del pueblo. Yo reclamo a corazón abierto: ¡no lo digan, por favor!

El fotógrafo ambulante que pasó por aquí

La noche que los bandoleros pasaron en el pueblo fue muy larga, interminable pues. Con hombres colgados de los pies en las ramas de los árboles y mujeres semidesnudas, llorosas, como espectadores, después de hacer todos los desmanes habidos y por haber, los bandidos hicieron fogata en la plaza del pueblo. En el centro, donde algunos años después estaría el quiosco, encendieron el fuego. Se sentaban alrededor de la hoguera para mitigar los últimos días de frío, de un invierno que estaba por terminar. Después de que habían llegado desarrapados, andrajosos, ahora contaban, cada uno, con sombrero y cobija. Además, habían conseguido licor. Ya habían ahorcado al presidente municipal Sixto Trejo y asesinado al músico Anastasio Morales.

Se frotaban las manos al tiempo que bebían a grandes sorbos el aguardiente robado. Reían a carcajada estruendosa. Aquella noche, uno de ellos sacó una guitarra, no se sabe si ya la traía o también la hurtó, y entre todos se pusieron a cantar. Debido al estado ya alcoholizado de la mayoría, se podían escuchar voces arrastrando sílabas como quienes entonaran un trabalenguas con aquella canción mexicana del Dominio Público. La cu–caracha / la cu–ca–racha / ya

no pue–de ca–minar / porque no tie–ne / porque le fal–ta / ma –rigua–na pa´ quemar.

Las risotadas anegaban el aire, ya de por sí viciado por el pánico, asediaban la plaza, la presidencia, la iglesia, todo el pueblo. Entraban en las casas y multiplicaban el terror de quienes, por más que lo intentaban, no podían dormir. Uno de los forajidos, ebrio a más no poder, gritó: ¡quiero ver lumbre! Sus compinches alzaron sus bebidas y respondieron con gritos desaforados y miradas vidriosas.

¡Una casa, una casa!, gritaba el desquiciado que ahora llevaba una antorcha en su mano derecha, mientras que, en la otra, cargaba con la botella de aguardiente. Avanzó media cuadra hacia el Callejón y en la primera casa que vio, se detuvo y sin decir más, lanzó la antorcha al techo de la choza. Como su cielo era de palma, lo mismo que la mayoría en el pueblo, enseguida se incendió. Luego, en cuestión de minutos, la lumbre se propagó hacia las paredes, puertas y ventanas. Una columna de humo negro se confundió con la oscuridad de la noche, se perdió en el cielo. Los bandoleros gritaban enloquecidos, celebraban su fechoría. Al parecer les causaba especial placer hacerlo. Sus caras, sus perfiles, se alumbraban y oscurecían con los altos lengüetazos de la casa en llamas. Sus gestos, cual más, cual menos, grotescos, desquiciados, perdurarían por años en el imaginario popular de la población. En los primeros instantes, después de que fuera lanzada la antorcha al techo, salieron de la casa, de prisa, una mujer, que de la mano traía dos niños, uno como de cinco y el otro quizás de siete años y uno más en brazos; el marido no salió de casa, estaba colgado de los pies, cabeza abajo, de un árbol.

De lo poco que Mateo recuperó, después de los dos años que estuvo, que estuvieron todos los habitantes, ausentes del pueblo, fue la fotografía en óvalo gigante, con su marco de madera lisa, de sus padres y una en tamaño postal. Son imágenes en blanco y negro que, si las vemos ahora, un siglo después, podrían confundirse con dibujos a lápiz. Tal vez, ello se debe a la época en la que fueron tomadas. En ellas, aparecen Gregorio y Macaria.

El relato dice que, en aquellos años, pasó por el pueblo, a lomos de mula, un fotógrafo ambulante. Mula baya, equipaje vario, botas viejas, sombrero negro. Como lo agarró la noche por aquí, se apeó, organizó sus alforjas y buscó un lugar para dormir. Y ya que Gregorio tenía su casa por el rumbo en donde pasaba la calle principal, que después sería la carretera que va a San Luis Potosí, el retratista le pidió asilo.

Al día siguiente, agradecido por el hospedaje, se ofreció a tomarles algunas fotografías, algo inusitado en aquel tiempo y lugar. Hizo varias tomas. Luego pidió un sitio oscuro para hacer el trabajo de revelado. Se le ofreció el cuartito de atrás de la casa familiar. Ahí estuvo largas horas encerrado. Después, cuando ya nadie se acordaba de él, salió a paso lento, sudado y exhausto, pero con una sonrisa que denotaba alegría y satisfacción. ¡Ya las tengo!, dijo.

De todas las tomas que hizo, había logrado imprimir dos: una, en donde Gregorio está, de cuerpo entero, junto a El Borrado, su burro, en la calle; y la otra, en donde aparece un acercamiento de las caras del matrimonio.

El oficio de este fotógrafo me recuerda al afilador de María Enriqueta: Ya viene el afilador / tocando su caramillo

/ ¡ay, decidle por favor / que afile pronto el cuchillo / con que matar mi dolor.

Ambas fotografías se habían salvado del asalto. Estaban tiradas entre la basura. La del óvalo grande, tenía el cristal y el marco rotos; la otra, se encontró arrugada, medio rota, confundida entre un tiradero de papeles en el suelo.

Desde entonces, guardó las dos. Una, entre las hojas de un libro, la otra, colgada en la pared de su cuarto. La de la pared, ahí ha permanecido larguísimo tiempo, se puede decir que, por más de cien años, tanto así que, ahora, cuando se escriben estas letras, el autor da fe de que hoy, aún, es día en que la foto en óvalo de Macaria y Gregorio, sigue ahí, en el lugar en donde fue colgada, aquel día memorable, cuando el caserío renació.

El narrador es un hombre
No más
no menos
A veces
en sus letras
vida diaria
alcanza cumbres nubosas
Pero también
sin saberlo
se abisma en sus precipicios
Dice piedra si era agua
sol cuando debía ser luna
olvido al hablar de amor
De vez en vez se le da

escribir algún milagro
Parece
alguien como ustedes
como nadie
como yo
Ello le concede entonces
ser único
en su relato
Así que
con dedos trémulos
con bolígrafo y papel
Escribe
Y vuelve a escribir
Habla de otros
de nosotros
Y todos sus personajes
sin excepción
son él mismo
Conclusión
no hay que confiar
en el que narra
los hechos
Hay que confiar
en la Historia
que encierra en sí
su verdad

Para Javier y Francisco.

En un día de las madres, un diez de mayo perdido en los olvidos de la memoria, en una escuela primaria del Antiguo Tampemol, había un festival de celebración. Asistía un buen número de mujeres cuyos hijos estudiaban en ese lugar. Ahí, un niño de siete años, por indicaciones de su maestra, pasó al frente a recitar un poema. Lo hizo muy bien. Era un poema alusivo a la persona más importante en la vida del ser humano: la madre. El niño lo recitó con esmero y emoción. Al terminar, las madres asistentes le ofrecieron un aplauso suave, un aletear leve de palomas invisibles que volaron desde sus manos. El niño se alegró, pero estaba triste. ¿Cómo es que puede suceder esto? Su padre, que lo conocía, lo comprendió: ¿sientes que te aplaudieron poquito, es verdad?, ¿por eso estás triste? No obtuvo respuesta, lo cual confirmó su observación. Si quieres aplausos fuertes, lo alentó, ¿qué te parece si hacemos nuestro número de magia? Al niño le brillaron los ojos de alegría: sí, vamos a hacerlo, contestó de inmediato.

Hace dos o tres meses, todo había empezado siendo un juego en casa. Cuando estaban, por ejemplo, viendo televisión, le decía el padre al hijo: dígame usted, sin mirarme, qué tengo en la mano. Previamente le había explicado: cuando la primera palabra sea, dígame, tú ya sabes que se trata de un lápiz, ¿de acuerdo? Sí, papá. Al principio escogieron dos o tres palabras claves y se divertían mucho haciéndolo. Cuando presentaron el acto de adivinación –así empezaron a llamarle– a mamá, ella se hizo partícipe de la diversión con una risa y un regocijo propios de las familias que viven, en paz, bajo el mismo techo. Con el paso de los días y las semanas, fue aumentando, de manera exponencial, el entusiasmo por las palabras secretas y las cosas por adivinar. No lo hacían con otro fin, salvo pasarse momentos muy agra-

dables en casa. Y ahora estaban aquí, con la posibilidad de hacerlo de manera pública.

El padre se puso de acuerdo con el maestro de ceremonias del evento, quien por cierto comprendió todo de maravilla. Así que, en el próximo número, hizo el anuncio con bombo y platillo –siguiéndoles el juego– como en los grandes circos: ¡Ahora, estimada concurrencia, vendrá un acto muy especial! ¡Es una sorpresa que no estaba programada! Respiró hondo, tomó aire y luego prosiguió con más ahínco: ¡En esta escuela, contamos con la presencia de un niño adivinador! Las madres asistentes nunca hubieran podido decir si sonreían de sorpresa o se deshacían de ternura. ¡Sí, han escuchado ustedes bien: en esta escuela hay un niño que tiene grandes cualidades de adivino! ¡Un aplauso, por favor, para el niñooooooooo (prolongó la última letra a más no poder) a–di–vi–na–dor!

El aplauso fue, más bien, tibio. El primero en pasar al estrado fue el padre. Desde luego, todos lo conocían, era un vecino del pueblo. Las señoras no sabían de qué se trataba, pero por alguna razón estaban contentas. ¡Que venga por favor el niño!, dijo con voz potente, el hombre. El hijo se puso frente a él. El papá entrecerró los ojos, estiró brazos y manos hacia adelante y, mientras hacía que le temblaran un poco los dedos, lanzó el conjuro: ¡Vengan a ti los poderes adivinatorios de los magos y encantadores de la sagrada región huasteca! ¡Te sea concedida la gracia de mirar más allá de lo evidente! El niño permanecía inmóvil. De pronto se había quedado quieto, como si estuviera en un estado de trance. Que le venden los ojos con un pañuelo, indicó el hombre. El maestro de ceremonias lo hizo enseguida.

El papá bajó del estrado y caminó entre el público. Desde allá lanzó la primera pregunta: ¡Dígame, qué objeto tengo en mi mano! ¡Un lápiz!, contestó, con voz firme, el niño. Oh… la gente se sorprendió. ¿Ahora, me puede decir que tengo en mis manos? ¡Un pañuelo! ¿Cuál será el color del pañuelo? ¡Blanco! Ah… la asistencia se sorprendió todavía más. ¿Podría adivinar qué levanto ahora en mis brazos? ¡Un bebé! ¿Es niño o niña? ¡Es un niño! Para estos momentos, el público ya

no sólo estaba emocionado, sino que disfrutaba divertido y risueño. Entonces vino, de manera espontánea, un aplauso que se anunciaba fuerte y efusivo. Pero el padre se interpuso. Por favor, estimado público –su hablar era serio y no parpadeaba– les recomendamos no hacer, por ahora, actos ruidosos, porque la concentración del niño adivinador corre peligro. La asistencia, conmovida, quedó en silencio. Siguieron una, otra y otras preguntas que el niño respondía con firmeza y buen tino. La gente estaba asombrada. Sabían que era un juego, lo sabían, pero les ganaba la fascinación. Habían pasado de la sorpresa y el divertimento, a la real y sincera admiración. Incluso, no faltó alguien que llegó a pensar que, en realidad, esto podía ser algo más que un simple juego. ¡Última pregunta! ¿Sobre qué tengo mi mano? ¡Sobre una cabeza! ¿De mujer o de hombre? ¡De mujer! ¿Cuántos cabellos tiene esta cabeza? ¡Un millón ciento noventa y cinco mil, ochocientos cincuenta y cuatro!, ¡y si no lo quieren creer, entonces que la persona que está a su lado, se los cuente!

¡Ah!... explotó el público. Y ahora sí, ya nadie les pudo detener. Se escaparon de las manos de la gente grandes parvadas de aplausos, parvadas atronadoras, que desbordaron en los oídos del niño, en los pasillos de la escuela, en las calles del pueblo, en los cielos del infinito. Las madres festejadas, celebraban poniéndose de pie. Estaban contentas, risueñas, radiantes. El niño tenía una sonrisa que sólo puede tener un niño feliz. Sin decir más palabras, el hombre se acercó a su hijo, le retiró el pañuelo de los ojos y extendió sus manos hacía él, en señal de reconocimiento. El público seguía de pie. Las madres aplaudían, y aplaudían. El padre tenía un nudo ciego en la garganta. El niño, feliz, feliz, feliz, sonreía.

Museo Comunitario “Baltazar”

En la fotografía, en tamaño postal, que sobrevivió al atraco, la que se encontró entre el tiradero y el polvo, dos años después del regreso, se puede ver la figura de Gregorio, el esposo de Macaria. Está de pie, a media calle, aunque decir calle es mucho, porque lo que se alcanza a distinguir es una muy amplia vereda donde la tierra suelta se deja ver por todas partes. Ambos lados de la imagen son flanqueados por dos cercas; palos atados unos a otros, ladeados, como si estuvieran a punto de caerse, y algunos arbustos medianos y árboles a lo lejos.

En primer plano está el hombre, de pie. Viste ropa en tonos claros y lleva huaraches. En la cintura porta una media faja oscura. Se adivina que es mediodía por la sombra de sí mismo que a sus pies se deja ver. Su cara tiene un gesto que denota cierto fastidio, lo cual podría ser por los rayos del sol a esa hora. A un lado de él está su burro, El Borrado, de pelambre oscura, con hocico y patas delanteras blancas. Él hombre tiene puesta su mano derecha sobre el lomo del animal, mientras que, con la otra, asegura el mecate de las riendas. El burro se ve manso. No lleva carga, no sabemos si no llevaba o sólo en el momento, para tomar la fotografía, fue que se la quitaron. Ya sea por una u otra razón, pero el pollino tiene una mirada de pasividad casi absoluta. Diríamos en el pueblo, parece que no rompe un plato.

Aunque la foto tiene cierto componente panorámico, no se alcanza a ver ninguna casa. Ello nos da una idea de cómo era el pueblo en aquel entonces. Una casa por aquí, otra por allá, dispersas y no muy cerca unas de otras. Sabemos que había algunas construcciones de adobe, pero eran las menos. Había veredas o calles torcidas. Podemos imaginar el modo como se trasladaba la gente, cómo iban de una casa a otra. Podríamos decir que, desde entonces, ya era una población mítica.

Por eso, yo siempre cuento que, a mediados del siglo veinte, cuando mi familia y yo –éramos seis– nos fuimos en busca de otros horizontes; de los mil habitantes que había, el poblado se quedó con, sólo, novecientos noventa y cuatro.

Un lugar que tiene en su haber, dichos clásicos que perviven hasta hoy, siglo veintiuno, como aquel que dice: en mi pueblo, estornudas en la cocina de tu casa, y todos decimos, ¡salud!

O leyendas locales como la de Don Genaro Aguilar, el carpintero, quien siempre tenía en su casa un ataúd, hecho por mano propia, destinado para cuando él muriera. Pero si alguien más moría antes, lo vendía. Y al día siguiente empezaba a construir otro, para cuando le llegase el momento. Y entonces moría alguien más y de nuevo volvía a venderlo. Así vivió años de años. Hasta que un día, bueno, qué decir.

Volviendo a mi bisabuelo, esta es una de las pocas fotos, de las muchas tomas que hizo, que pudo revelar, aquel fotógrafo ambulante que pasó por ahí, unos días antes de que llegaran los maleantes y que, como agradecimiento porque se le diera hospedaje, hizo con su cámara Reflex del año, y que las regaló a los anfitriones. El que pasó casi al mismo tiempo que aquella luz que iluminara el cielo y convirtiera, aunque por breves segundos, la noche del pueblo en día.

Es aquella fotografía.



También el año de mil novecientos dieciocho estuvo marcado por la pandemia de Influenza Española. A primera vista pareciera que tal suceso, poco o nada tuvo que ver con nuestro país y, mucho menos, con el pueblo del que aquí se cuenta. Sin embargo, parece que no fue así. Las publicaciones de la época sugieren que se le llamó gripe española, porque la prensa de ese país fue la que, con mayor énfasis, propagó la noticia de la enfermedad. Pero que, en realidad, el primer caso –el caso cero– fue un cocinero en Fort Riley, Kansas, EEUU. Y dada la antinatural, monstruosa tal vez, capacidad de propagación del virus, fue relativamente fácil su transmisión en la región del norte de la República Mexicana y de ahí, a la zona del altiplano, incluyendo desde luego el estado de San Luis Potosí, de donde provenían los bandoleros.

Algunos de los sobrevivientes del poblado, tiempo después, recordaban que, en medio de las borracheras y francachelas de los maleantes, se escuchaban, entre las canciones y los gritos, toses repetidas y flemosas. En su momento no se les concedió importancia. Después fue también la causa por la que, según se supo, muchos de los que habían huido, enfermaban de tos y gripe y en pocos días, de manera inesperada, se morían. No se sabe cuántos del pueblo murieron por esa enfermedad, pero se sabe que así fue.

En la historia del mundo fue una ominosa advertencia de salud pública. Se considera que, a nivel global, sus efectos fueron catastróficos; causó alrededor de cincuenta millones de muertes. El poeta Eugenio Montejo, lo escribió así: Estoy a veinte años de mi vida / no voy a nacer ahora que hay peste en el pueblo / las carretas se cargan de cuerpos y

parten / son pocas las zanjas abiertas / las campanas cansadas de doblar bajan y cavan(...) Puedo aguardar / estoy a veinte años de mi vida / soy el futuro que duerme / que no duerme / la peste me privará de voces que son mías / tendré que reinventar cada ademán / cada palabra. Pasaron muchos años para que llegaran las respuestas acerca de la naturaleza de tal pandemia. Y aún con la evolución de la epidemiología, en especial, y de la medicina en general, todavía, después de todos estos años, hay interrogantes que no encontraron respuesta.

Se antoja increíble que, en un pueblo perdido en el sur del estado de Tamaulipas, en México, en donde parecería absurdo que tuviera conexión con lugares tan lejanos de donde inició la pandemia, llegara y causara bajas en la población. Una vez más queda en evidencia aquel sabio refrán que a la letra dice: el mundo es un pañuelo. Aun en los años de entrada al siglo veinte, cuando las comunicaciones no eran lo que serían después del año dos mil, sucedió el contagio. No olvidemos, como dato casi surrealista, pero tan evidente como el sol de cada día, que el estrecho de Bering sirvió como puente para que, en el Pleistoceno, andando a pie, los seres humanos poblaran América.

Nuestro pueblo no fue, no es, la excepción.



Uno de los repobladores más sorprendidos al regreso fue el hijo de Macaria. No podía creer que los arbolitos de naranjo que había sembrado su padre, no solo siguieran con vida, sino que se percibiera ya cierto crecimiento, aunque mínimo, en ellos. Faltaba mucho tiempo, mucho, para que

crecieran y dieran frutos, ya se sabe que se necesitan años para ello, pero, aun así, ese hecho, dentro de la incertidumbre de volver y encontrar las calles y los solares enmontados, borrados los caminos, devastada la plaza, fue motivo de alegría. Unos meses después se daría a la tarea de hacer injertos en cada uno.

Era empezar de cero otra vez. Cada uno de los que volvieron se dirigió a su antigua casa. Ya se ha dicho que no pocos se perdieron y a otros les tocó morirse lejos. Fueron abriendo camino a machete y gancho para entrar, después de tanto tiempo, en su propia casa. Oscuras las habitaciones, desvencijadas las puertas, cerradas las ventanas. Encontraron gallinas, cochinos. Lo que permanecía intacto, sólo con una gruesa pátina de tierra, era el desorden total y el tiradero de camas, sillas, mesas, pertenencias varias que, dispersas por el suelo daban fe de que, lo único que el tiempo respeta, es el caos.

Aunque, tal vez, se podría decir que sacaron ventaja de su desgracia. A donde fueron vieron cosas distintas. Trajeron semillas de calabaza, de mango, de ciruelas. Volvieron distintos. Mateo, por ejemplo, instaló el primer molino de nixtamal en el pueblo.

Se dieron a la tarea de limpiar y ordenar lo poco que les habían dejado. Al paso de los días, cada familia fue retomando sus actividades, las costumbres, los quehaceres de antes. Las tres pequeñas tiendas de abarrotes volvieron a abrir sus puertas. Los hombres regresaron a la milpa; las mujeres otra vez, a la cocina, a la lavadera de trastos y de la poca ropa que no les habían robado. Los niños fueron los que más pronto se reintegraron del todo; para la mañana siguiente al día de la llegada, ya andaban corriendo, jugando, por el patio y subiéndose a los árboles.

Otro motivo de alegría –no todo fue incertidumbre y nostalgia– fue que, El Chato, su perro de toda la vida salió, quién sabe de dónde, a recibirlo. Cuando lo vio, sus ladridos fueron fuertes y alegres; le lamió el dorso de las manos, le rodeó en volteretas sin dejar de mover la cola, se paró en sus patas traseras para poner las delanteras en el pecho. Él no pudo evitar que todo esto le calara muy hondo. Se emocionó. De alguna manera se sintió, otra vez, del todo, vivo. La casa de sus padres, los pequeños naranjos, El Chato. No todo era tragedia. Al estar, ya dentro de la casa, recogiendo cosas del suelo, fue que encontró la fotografía de Macaria y Gregorio, en óvalo gigante que, luego, a medida que reestablecía el orden de aquel desbarajuste, la colgó en la pared de su cuarto.



Llegamos, Esperanza y yo, a las cinco y media de la tarde. Gilberto Raga salió a recibirnos. Nos saludamos con afecto. Nos conocemos de toda la vida. Miré el entorno cercano. Pasaron por mi mente aquellos versos que encontré en el escritorio de mi abuelo Mateo hace poco más de medio siglo: la tierra de los ciruelos / es que yo la llamo así / o sea Antiguo Morelos / cuna donde yo nací / Comprendo que para mí / no hay otra bajo los cielos. El autor es, Don Policarpo Castillo. Era una tarde con cielo de nubes, clásicas del mero día de San Juan, que prometían una lluvia que al final, por cierto, no cumplieron.

Entramos al Museo Comunitario Baltazar, una construcción de enjarre de tierra y zacate, encalada, de una sola habitación, en donde se colectan utensilios antiguos: espejos y fotografías, máquinas de escribir, zarzos, manuscritos con reseñas de lo que sucedía en aquellos años: hoy, tal día de tal mes, se huyeron Fulana y Zutano; sin duda, labor de un cronista natural. Tiene, la vivienda, un cielo falso que forma un tapanco que abarca la totalidad del techo. El frescor del museo nos recibió con una quietud que, no obstante, rebosaba entusiasmo. Por un momento pensé en la antigua casa de mis abuelos.

Había una mesa con mantel bordado a mano y, en frente, sillas a la espera de asistentes; un barril mediano con tepache helado y una canasta de Pemoles. El tepache, es casi como el de don Libo, dijo Gilberto haciendo alusión al que hacía don Liborio en los años cincuenta. Enseguida ultimamos detalles para la lectura de mi novela Espejos que se aclaran.

La tarde se alargó, el sol entraba por la puerta. Era un sol manso. A medida que la tarde se iba, empezaron a llegar algunos invitados. Despuesito de las seis y cuarto empezamos. Gilberto leyó mis datos personales (que no creí necesario, toda vez que en el pueblo me conocen desde niño). Leí el primer capítulo de la novela. Otra vez intervino mi presentador. Luego leí un capítulo más.

Siguió la sesión de preguntas. Una muy agradable sorpresa. Todos los asistentes, por pocos o muchos que fueran, tomaron la palabra para preguntar, para hacer un comentario, una aportación. Y como el plan era regalar un libro a quien participara, todos recibieron el suyo.

Pasamos a la lectura de poemas. Leí Yo soy Pemol y varios más. Luego, unas décimas. Les pedí que repitieran conmigo los dos versos que cerraban cada décima: ojos que te vieron ir / jamás te verán volver. Nuestras voces parecían oración compartida. Hubo una respuesta solidaria. Incluso en la parte donde dije, ustedes los van a decir solos, se pudo escuchar claramente el breve clamor: ojos que te vieron ir…

Al final brindamos. Firmé algunos libros. Y seguimos todavía un buen rato en la conversación. Luego la gente empezó a retirarse. No nos dimos los abrazos que hubiéramos querido. La pandemia de Covid19 no lo permite. Pero a falta de abrazos hubo miradas y palabras en donde (gente de mi pueblo / niñez) pude verme como soy. Y no me sentí defraudado. Miré al cielo raso del tapanco y supe que miraba el Cielo. Dije en voz alta tres veces, la palabra que mejor le queda a mi voz: Gracias. Gracias.

Hice votos de silencio y hablé dormido

Para Laura

Si por ella fuera, no se iba. Leandra mira desde lo alto de La Loma, que es donde vive. Su casa está destrozada, al hombre se lo llevaron de bestia los bandoleros. Hijos no tiene. Gallinas, pollos, algunos puercos, tenía. Bultos de maíz para vender en invierno, tenía. No parpadea. Mira lejos. Como si en la lejanía estuviera la respuesta de las dudas que le aquejan. Todo quiero, menos irme, repite en un hilo de voz que está a punto de romperse. Sus ojos negros están puestos en un punto que no existe. La respiración es agitada. Su cuerpo, tenso. El día ya se hizo largo. La noche está por entrar. Para estas horas, cavila de nuevo, ya todos se fueron. Pero ella no quiere irse. No existe un lugar más seguro, que el que acaban de robar, se dice a sí misma como queriendo encontrar aliento.

Ella que antes fuera miedosa, se sorprende con sí misma. Lejos de la jovencita frágil que hasta hace unos días era, se percibe ahora como una mujer valiente. Su gesto se le remarca en especial en la frente. Dos arrugas verticales le ciñen el entrecejo, Quien la viera pensaría que está en guerra con el mundo. Pero ella sabe lo suyo.

Entra de nuevo a su casa. Es un desorden, un caos, si alguien quisiera poner las cosas en su lugar, no sabría por dónde empezar. Sin mucha convicción hace un hatillo: un vestido, un rebozo, dos coloretes, poca ropa interior. Y no mucho más.

Sale de nuevo al patio. Mira el pueblo allí, apenas bajando la loma y, sin embargo, le parece tan lejano. No me quiero ir Dios mío, implora mirando al cielo. Pero el cielo no responde. Parece no haber respuestas para ese tipo de preguntas. Es más, ni siquiera una nube, un aire tenue, aun en la oscuridad, se acercan para decir, por ejemplo, vete lejos, sigue aquí, huye o no te vayas.

Y la mujer que no quiere irse, de a poco baja la loma a pasos entrecortados. Cruza el pueblo como zombi. Ojos abiertos y ciegos. Sabe que nadie la ve. Comprende que ningunas miradas, desde ninguna ventana, y esto ya es mucho decir en un pueblo como el nuestro, dirán, allá se va Leandra, la que vivía en La Loma.

Un pie le pide permiso al otro para dar cada paso. Ni uno ni otro pie quieren ceder. No quisieran hacerlo. No hay discusión más difícil de encarar como aquella en la que dentro de una misma persona, una voz dice sí y otra no. Y, no obstante, sucede con tanta frecuencia.

Si uno se marcha y no hay una mano que al viento se agite por decirle adiós, ¿en realidad de está yendo?

No importa Leandra, pondré oídos atentos a Isabel Allende, que en su libro "Mi país inventado", escribe: Los recuerdos no se organizan cronológicamente, son como el humo, tan cambiantes y efímeros que, si no se escriben, desaparecen en el olvido.



Sales al patio de tu casa para ver la luna que recién empieza su caminar por el cielo. Te percibes como alguien construido por augurios y emociones, secretos y leyendas. ¿Serás, hoy, por fin, quien toda la vida quisiste ser?

En el horizonte cercano, la imagen de un medallón rojizo, grande, allá por el oriente, se recorta con absoluta nitidez. Sonríes para ti, ante la desquiciada tentación de extender las manos y tocar su contorno perfecto.

Al desistir de la fascinación por tocarla, optas por hablar con la luna. No te asusta la idea. Sabes que no eres la primera persona que lo hace. Desde tiempos inmemoriales, han existido quienes tampoco pudieron contener sus impulsos y terminaron hablando con ella. Lunáticos, les decían.

Pasa por tus recuerdos, un texto del Poeta, Jaime Sabines: La luna se puede tomar a cucharadas / o como una cápsula cada dos horas / Es buena como hipnótico y sedante / y también alivia / a los que se han intoxicado de filosofía (…) Pon una hoja tierna de la luna debajo de tu almohada / y mirarás lo que quieras ver / Lleva siempre un frasquito del aire de la luna / para cuando te ahogues / y dale la llave de la luna / a los presos y a los desencantados.

En voz alta, que parte en dos a la naciente noche, preguntas: ¿Cuál de los caminos, que a mis pies se muestran, es el mío? ¿Hacia dónde, a qué rumbos, por cuáles comarcas, habré de dirigir mis pasos? Tu voz adquiere tintes de ruego: con tus benditos rayos, oh compañera noctámbula, muéstrame la dirección por donde habrán de irse mis pies.

Quizás te sucede el conflicto que incubó en sus interiores Leandra, la mujer del relato que escribes.

Esperas. Hasta hoy, no sabías que, también, tuvieras el don de la paciencia. Pero esperas. Hipnosis, es lo que parecen haber ejercido en ti, los rayos de la luna. Pierdes toda noción del tiempo. Te da lo mismo si la inmovilidad te dura diez minutos, dos años o tres siglos.

¿Debo irme de la ciudad? ¿Ir a mi lugar de origen? ¿Ahora, después? ¿He de volar otros cielos? ¿Andar otras calles? ¿Ha de ser, un día, lo que ahora vivo, lo que ahora dejo, mi más luminosa nostalgia?

Disculpa si te atosigo con tantas preguntas –invocas mirando al cielo– pero bien sabes, altísimo satélite que, si algo en la vida me sobra, son interrogantes. Y si algo me ha faltado, son respuestas.

Las veredas siguen ahí. Tu mirada se va aclarando al paso de las horas. De pronto, en el instante último, parece que regresaras de un sueño en el que viviste cuatro vidas.

Tienes la sensación de que, dentro de ti, escuchaste una voz amorosa que te llamó por tu nombre. Respiras hondo. Sabes que tu aliento, te mantiene unido al universo.

La luna, la rojiza, desde su cielo apacible, ilumina, por igual, la tierra suelta de los caminos.



Un día regurgité casi todos los pecados
Puse tierra de por medio
Entre vacío y tentación olvidé malas palabras
imprudentes compañías
Juré dormir muy temprano
buscar el cielo perdido
En un cuartito

apartado
donde nadie puede verlos
encerré bajo mil llaves
insensatez
osadía
noches locas
humo
alcohol
Por la fetidez del caño dejé que se diluyeran
los insomnios hechos nudo
desenfrenos
desatinos
deshechos de la desidia
una ristra de mentiras
Fui a consultar al psiquiatra
al cura
a la curandera
me barrió noche por noche con su ramito de albahaca
el fantasma de mi abuela
Hice votos de silencio
los rompí:
hablé dormido
No lo conté a mis amigos
lo dije todo a los pájaros
Me alejé de lo que fui
Empecé otra vez de cero
Y no
de verdad Pemol
no ha sido mi curación
Quizás
volver algún día
Volver a ti
Puede ser



Somos una Comunidad de personas que comparten rasgos culturales, lugar de convivencia, historia, calles, árboles, amaneceres, así como recuerdos y costumbres. Una población humana en la que se participa de mitos y leyendas, que se asocian con un territorio específico y generan un sentimiento solidario. Entonces, quizás la pertenencia comunitaria tienda a definirse como una herencia cultural compartida. Historia, patria, idioma, mitología, rituales. Sus barrios: La Bolsa, El Callejón, La Misión, La Uva, El Tamarindo. Lo que, más allá de opiniones personales, somos. Usted es huasteco, quiéralo o no, me dijo una vez doña María, la mujer de Mauricio Olivares.

Es una obviedad, pero tal vez no esté de más dejarlo por escrito: los asentamientos tribales del siglo dieciséis, el caserío de la época de Los Garreros, el pueblo de mi niñez y lo que ahora, en el siglo veintiuno es Antiguo Morelos, han evolucionado de tal manera que, el que fue en uno y otros tiempos, ya en poco se parece a lo que es ahora. Aun así, dejo aquí este aforismo: un relato puede ser el punto de convergencia.

Ignoro si es porque veo al pueblo de mi infancia a través de esa lente de aumento que es el ilusionismo, o porque lo contemplo desde la ventana de la nostalgia, pero el caso es que en él, percibo trazas de una Comunidad sin ascendencia común —muchos pobladores llegaron de diferentes lugares del estado y del país— y en el que, aun así, se comparten tradiciones, rutinas, chismes, modos de hablar, miedos, manías. De modo que somos una Comunidad, que aquí, en este relato, es celebrada de una manera modesta pero no por eso menos festiva: escribiéndola con inicial mayúscula.

Comunidad que ha puesto su camposanto en una loma que da al poniente. Se cree que así se decidió, para que nuestros muertos no dejen de mirarnos nunca.

Veo en los ancestros huastecos, de quienes tenemos noticia ya como región poblada, a partir del siglo dieciséis, un germen de lo que somos ahora. Veo, ya en el siglo veinte, en Damiana, mi tía abuela. En doña Petro, mi nana; en Liborio Segura, el de los tepaches; Antolina, doña Narcisa; en Jesús, El Niño y sus dos metros de estatura, Eleno el peluquero, tío Atilano y tía Gila, don Jacobo Castillo, en Sopas dijo Isaac, en mis abuelos, un pasado reciente que me viene señalando un rumbo en el devenir de la historia.

Y en todos ellos, en todas ellas, advierto rostros que pasan ahora frente a mí, mientras escribo. Sin embargo, son tantos –y muchos más– que me es imposible nombrarlos uno por uno. En sus caras descubro gestos y grietas, sueños y pérdidas, muy parecidas a las que yo mismo he vivido. Soy como ellos. Son como yo. Me reservo, entonces, el derecho y la voluntad, de ser parte de una Comunidad a la que he llevado, en el espíritu y en la palabra, por todos los lugares y tiempos a donde tuve la fortuna de posar mi pie.

Tal vez el presente texto pueda leerse como un Relato Comunitario Afectivo. No más, no menos. Y si es así, me queda la sensación de que, al escribirlo, he quedado bien conmigo. Comunitario, por lo que ya se expuso en renglones anteriores. Afectivo, porque, desde ese terreno especial que mora espíritu adentro, cada vez que se ofrece, cuando me preguntan, o ahora que lo dibujo a letras, dejo muy en claro que las historias, vivencias y gratitudes para con el lugar de mis raíces, son infinitas. Y como ya está cerca el final: No me voy no me despido / La canción no es un adiós / El que se sienta perdido / que regrese por favor / Para qué hacer tanto ruido / si somos de Tampemol.

Anexo

Anoche, cuando llovía, me vinieron unas ganas locas de volver a casa. Salí de la cama. Asomé por la ventana. La lámpara del jardín estaba encendida. Los hilos de agua eran abundantes y gruesos. Parecía que el cielo se caía, por entero, a la tierra. El ruido que producían las gotas llenaba el ambiente, sacudía los árboles, ponía las emociones a flor de piel. No podría precisar si estaba: despierto, aunque medio dormido, o dormido y ya medio despierto.

Fue entonces cuando me asaltó la nostalgia. Se vino de golpe lo irrecuperable del pasado, las ráfagas de melancolía, eso que llaman el peso de los ayeres, y que según se sabe, se va recrudeciendo en la medida en que la gente le gana edad al tiempo. Me dirigí a la puerta. La abrí. El ruido de la lluvia se volvió todavía más ensordecedor. Llovía con viento, sentí en las mejillas la brisa fría del aguacero.

Es mi deber regresar, dije –quizás aún dormido a medio despertar, o despierto a medio dormir–. No lo dudé ni un instante. Con la parsimonia y seguridad de un sonámbulo, caminé hacia el portón. Con toda naturalidad abrí la aldaba. Ni la fuerza del diluvio, ni lo helado de las gotas me detuvieron.

Di los primeros pasos ya en la calle.

Era de madrugada, lo supe por el brillo del agua, cuando la vi, al pasar cerca de las lámparas del alumbrado pú-

blico. Apenas había caminado dos o tres cuadras, cuando mi cuerpo se empapó como si ya llevara, deambulando, dos horas bajo la lluvia. Caminé hacia el sur, siempre hacia la región del Antiguo Tampemol. Por aquellos rumbos, algo decía, con voz subyugante, en mi interior, están tus orígenes.

A paso franco, no lento, sino más bien seguro y constante, mi figura se fue haciendo cada vez más y más borrosa a medida que se alejaba por el bulevar. Iba de regreso. ¿A dónde? No pregunten, ya se sabe. Voy medio dormido, o medio despierto. Sé que regreso al lugar de donde soy originario. Llevo muchos años diciendo –escribiéndolo– que si algo quiero conservar mientras viva, y quizás después de muerto, es, precisamente, mi sentido de pertenencia a la comunidad en donde vi las luces primeras. ¿Es un poco repoblar el lugar como lo hicieron mis ancestros en los años veinte del siglo pasado? ¿Volver al origen es volver a sí mismo? ¿El despertar de la conciencia es volver al principio? La lluvia no amaina. Los pasos no terminan. A medida que avanzo, mi cuerpo se va haciendo cada vez más pequeño, hasta que, en lo húmedo y espeso de la noche, desaparece.

Glosario

Choy: Suelo rocoso, quebradizo, que a la erosión forma lomeríos semiáridos.
Choyales: Áreas de choy.
Chichebes: Pecíolo de las palmas.
Pitas: Plantas, parecidas a las palmas, que dan flores comestibles.
Chochas: Flores comestibles, de las pitas, muy apreciadas en el sur de Tamaulipas.
Aquiche: Árbol de tallo poroso y esferitas oscuras con propiedades medicinales. Guásima.
Pichihumo: Árbol de copa redonda con tronco y ramas cubiertos de espinas.
Huacalero: Árbol de donde se saca materia prima para armar sillas.
Champujones: Renacuajos de batracios.
Colotes: Recipientes hechos con chichebes y carrizo.
Xantolo: Fiesta de todos los santos en la cultura huasteca.
Tamezlab: En la cultura huasteca, mundo ultra terrenal en donde están los muertos.
Despochinar: Desbaratar.
Pemol: Pan artesanal originario de Tampemol, hoy Antiguo Morelos.
Pemoleras: Mujeres que hacen pemoles.
Jacubes: Cactus muy apreciado en la gastronomía local.
Chijol: Árbol de hasta veinte metros de altura.

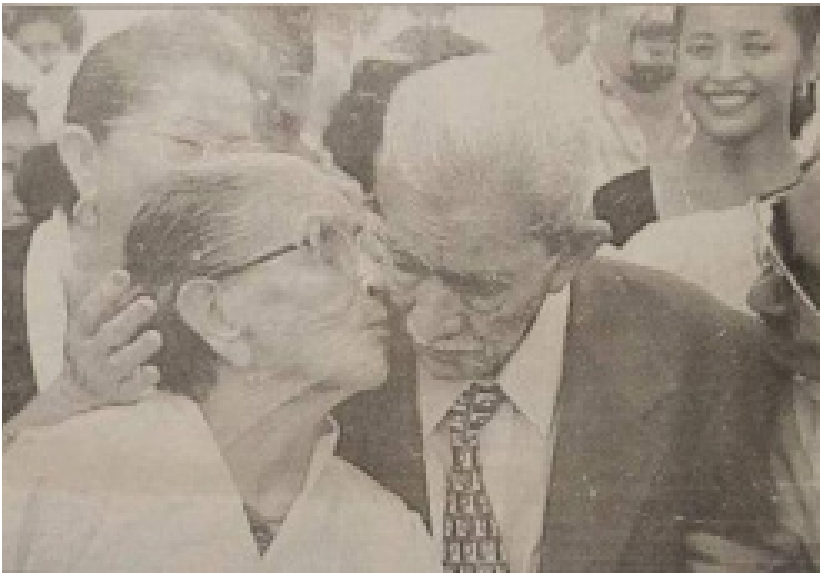
Cuija: En Tampemol, cactácea más grande que un nopal.
Zarzo: Tejido con varas, mimbre, o bejuco, colgado del techo para guardar comida.



Macaria Maldonado y Gregorio Guerrero



Gregorio Guerrero Sánchez

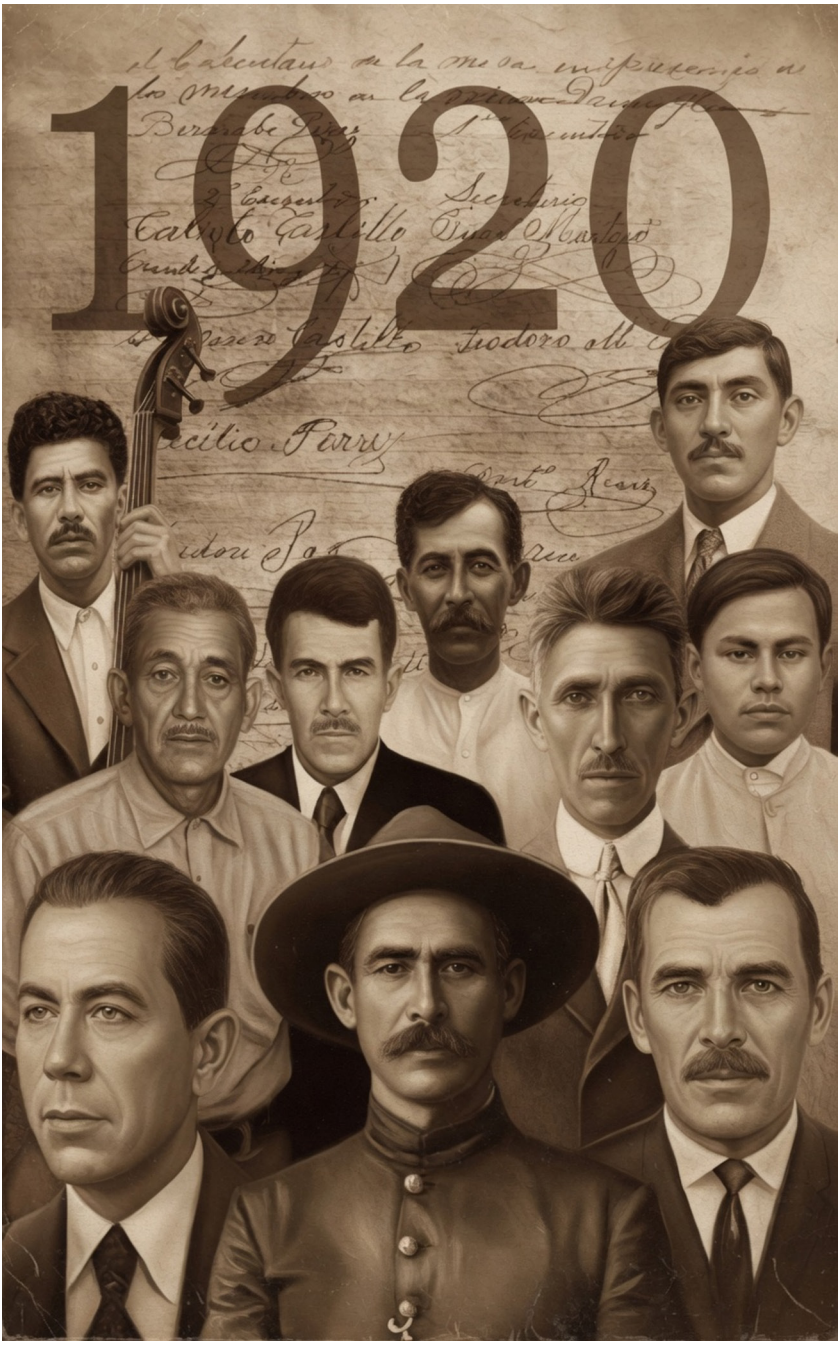


Cristina Álvarez y Mateo Guerrero

Breve Reseña

Originario de Antiguo Morelos, Tamaulipas. Vive en El Mante. Ha publicado poesía (El zarzo de los Pemoles, ITCA, Manuscritos Rechazados, Edit. Morgana), relato (Los niños de los zapatos azules, ITCA) y novela (Espejos que se aclaran, ITCA), entre otros. Permio estatal de poesía (Espiral de luz, 2002). Premio Género Memoria (Sesenta vueltas al sol, ITCA). Premio Cuentos sobre rieles (Ángel, CCA Nuevo León, El niño y el médico (UNAM, San Antonio Tx, 2025). Traducciones: inglés (Espiral de luz, Marotas), italiano (Los niños de los zapatos azules, Mi primera librería), Tének, huasteco (Campanas en la niebla).

Repobladores de Antiguo Morelos, Tamaulipas 1920


1920

Repobladores de Antiguo Morelos, Tamaulipas (1920)

Demetrio Olguin
Mateo Guerrero
Cecilio Tinajero
Policarpio Castillo
Miguel Hernández,
Camerino Maldonado,
Pedro Raga,
Felicitos Castillo
Luis Tinajero

Fuente:
Marvin Osiris Huerta Márquez, Cronista de Antiguo Morelos.



Fotografías de Cristina Álvarez y Mateo Guerrero:
Enrique Guerrero Álvarez.



Fotos de Macaria Maldonado y Gregorio Guerrero Sánchez, el fotógrafo ambulante que pasó por aquí.

Agradecimientos especiales a:

Enrique Guerrero Álvarez.
Abelardo Castillo Bautista.
Gilberto Raga Ledezma.
Jacobo Castillo Cervantes.
Javier Gutiérrez García.
Brenda Guadalupe Tinajero.
Loida Eunice Fernández González.

El día que pasó a la historia

Novela Comunitaria

Edited for the
Biblioteca Arte & Cultura, UNAM San Antonio
by
Miguel García Audelo

Mayo, 2026

Biblioteca
Arte & Cultura
UNAM San Antonio

La narrativa de Carlos Acosta no es sólo una reconstrucción histórica; es un acto de justicia poética contra el olvido. A través de una prosa que camina con la cadencia de quien recorre las veredas de Antiguo Morelos, el autor nos sumerge en el corazón del Antiguo Tampemol, un territorio donde el tiempo no se mide en años, sino en ausencias y regresos. Su obra se erige como "relato comunitario afectivo", donde la gran Historia de la Revolución y las pandemias globales se entrelazan con la historia mínima —pero vital— de Mateo y Cristina, la resistencia de mujeres como Soledad de la Cruz y el simbolismo de objetos rescatados del polvo, como aquella fotografía en óvalo que sobrevive al saqueo.

Acosta posee la facultad de transformar el paisaje de ceibas y "choyales" en un escenario mítico donde los arroyos cantan y los muertos nunca dejan de mirarnos desde la loma del camposanto. El autor explora el concepto de Comunidad como una herencia cultural compartida: desde el aroma de los Pemoles y el frescor del tepache, hasta el asombro infantil ante un acto de magia o el paso de los tranvías amarillos. En su escritura, volver al origen es la única forma de volver a sí mismo; es repoblar el presente con las voces de los antepasados para asegurar que, mientras haya quien escriba, la identidad de su pueblo permanecerá invicta frente a la desmemoria.



UNAM SAN ANTONIO

Biblioteca Arte & Cultura UNAM San Antonio